

FERNANDO EL CATÓLICO: UN HÉROE ÉPICO CON VOCACIÓN MESIÁNICA

TERESA JIMÉNEZ CALVENTE
Universidad de Alcalá

HIJO DE UNA ÉPOCA en que el pasado más inmediato convivía sin estridencias con una pujante revitalización del Mundo Clásico, la imagen política de Fernando II de Aragón (compleja y caleidoscópica) se forjó a partir de toda una serie de referencias que unían un tiempo mítico a un presente que pugnaba por serlo en idéntica medida. Los héroes de la Antigüedad se acompañaban de otros contemporáneos que nada tenían que envidiar a aquéllos; en el campo del honor, las virtudes de la vieja *militia* coincidían con los ideales de la caballería medieval, codificados en una literatura que abarcaba todos los géneros imaginables y se movía entre el documento o la crónica, de un lado, y la ficción novelesca, del otro; en fin, las voces que anunciaban el advenimiento de una nueva era supieron sacar todo el partido a la *Égloga* IV de Virgilio y a otros testigos de un mesianismo que, en tiempos de los Reyes Católicos, fue inobjetablemente a más.

Con esos y otros referentes, fueron numerosos los escritores que contribuyeron a engrandecer la figura de Fernando de Aragón, convertido en paradigma de héroe militar y buen gobernante; para ello, los *dicta et facta* fernandinos se convirtieron en la materia primordial de sus respectivas obras, donde se confundían la Antigüedad y el presente. A Fernando lo pintaban adornado de todas las virtudes habidas y por haber: era más piadoso que Eneas, más esforzado que Hércules o más aguerrido que Alejandro Magno. Y al mismo tiempo, en ningún momento se perdió de vista que él satisfacía el ideal de Monarca Universal o mesías de una nueva Edad de Oro.

I. FERNANDO Y EL ADVENIMIENTO DE UN NUEVO MESÍAS

Siglos de luchas, hambrunas, enfermedades y guerras habían alimentado la idea de que el final de los tiempos no tardaría en llegar. Con cierta periodicidad, se

habían repetido a lo largo del Medievo los mensajes apocalípticos y proféticos en torno al advenimiento del Anticristo y su derrota gracias a un soberano que, asentado en Jerusalén, devolvería su corona al Todopoderoso. Dicho monarca, dechado de virtudes y capaz de convertir a todo el orbe a la fe de Cristo, sería el último rey de los romanos y coincidiría en el tiempo con un papa angélico, según explicaba Joaquín de Fiore. Los franciscanos, en especial los aragoneses, ayudaron a propalar este mensaje, que terminó por echar raíces en la España del siglo XV. De la abundancia de textos escatológicos y apocalípticos da buena cuenta en su tesis doctoral José Guadalajara Medina, con quien edité hace ya tiempo uno de esos opúsculos que formó parte de la biblioteca fundada por el Conde de Haro en Medina de Pomar en 1455; en él, como es común en este tipo de textos, se anuncia la venida inminente de tan funesto personaje y se exhorta a permanecer fieles al credo cristiano¹. Si los trabajos de Guadalajara Medina son indispensables para literatura sobre el Anticristo en el área castellana, los de Eulàlia Durán y Joan Requesens son esenciales para el área aragonesa y, sobre todo, para la época que aquí más importa, pues ofrecen la edición y estudio de un buen puñado de textos proféticos de esa otra tradición hispánica². Y es que fue precisamente en Aragón donde esas imágenes escatológicas, con un soberano triunfante, cobraron fuerza en el ámbito cortesano favorable al rey Juan II de Aragón³, sometido a importantes presiones y duramente contestado por algunos de sus súbditos.

Por lo demás, estas ideas no eran nuevas en la dinastía de los Trastámara. Sin duda, el acceso al poder de una manera un tanto azarosa era una poderosa razón para defender su legitimidad de todas las maneras imaginables. El nuevo soberano y sus allegados se presentaron como adalides de un nuevo mundo, mejor y más justo. Tras años de violencia, llegaba la hora de la paz, y, para afianzar con más fuerza esta imagen, nada mejor que sacudir las conciencias y dar nueva vida a mitos de antaño. En la España de finales del XIV, la nueva dinastía supo servirse de esas imágenes sobre la misión providencial del gobernante, como se pone de manifiesto en el uso repetido de las *Profecías de*

¹ Vid. J. Guadalajara Medina-T. Jiménez Calvente, «Un opúsculo latino sobre el Anticristo (Ms. 9465 B.N.M.)», *Minerva*, 13 (1999), pp. 179-200.

² Vid. E. Durán-J. Requesens, *Profecía i poder al Renaixement. Textes profètics catalans favorables a Ferran el Catòlic*, Valencia, Eliseu Climent, 1997.

³ A este respecto, sigue siendo fundamental el libro de Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Publicaciones de la Casa-Museo de Colón y Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1983.

*Merlín*⁴. Si los pecados del mundo presagiaban la pronta venida del Anticristo, idea que repetida machaconamente adquirió un fuerte potencial didáctico y moralizante en los sermones de fray Vicente Ferrer⁵, no es menos cierto que esas mismas profecías se revistieron de intencionalidad política para anunciar la llegada de un monarca que, tras derrocar a los musulmanes y reconquistar Jerusalén, instauraría un nuevo tiempo de paz previo a la llegada de Cristo. De ese modo, como la cara y la cruz de una misma moneda, las visiones apocalípticas se acompañaron de proclamas mesiánicas sobre ese nuevo rey angélico.

Así, en los años que nos ocupan, se reactivó la imagen del Monarca Universal, especialmente grata a franceses y alemanes, que esperaban el nacimiento de un nuevo Carlomagno o de un nuevo Federico (sucesor de Federico II Hohenstaufen), capaz de unir a toda la cristiandad. De esta visión redentorista se apropió la rama aragonesa de los Trastámara, apoyada en una serie de indicios favorables: el monarca salvífico nacería en Occidente y, más en concreto en España, según las profecías de Joaquín de Fiore; procedería de la casa germana, con la que había emparentado la casa aragonesa a través de Constanza, y poseería la corona de Jerusalén, ideas que se recogían en el *Vae mundo in centum annis* atribuido a Arnau de Vilanova. Todo ello cobró sentido a poco de nacer el príncipe Fernando o Ferrán, el hijo preferido de Juan II de Aragón; idéntico, como sabemos, fue el sentir de toda España al venir al mundo el príncipe Don Juan, llamado a consolidar la unión dinástica y dar cumplimiento a todas estas ensoñaciones.

Pero dejemos al príncipe Juan y centrémonos en su padre Fernando, cuya vida toda devino excepcional en cada uno de sus capítulos, en consonancia con el papel que le correspondía desempeñar. No es extraño, por tanto, que cuando el cronista siciliano Lucio Marineo narra en su *De rebus Hispaniae memorabilibus*, lib. XIX, el nacimiento de Fernando en Sos, recoja los signos celestes que acompañaron su venida al mundo⁶; de hecho, Marineo hace hincapié en que

⁴ Cf. Pere Bohigas, «Profecies de Merlí. Altres profecies contingudes en manuscrits catalans», *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*, 8 (1928-1932), pp. 253-279.

⁵ Pedro M. Cátedra, *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994, p. 571.

⁶ La obra fue editada por vez primera en Alcalá de Henares en 1530; de ella, se hizo una emisión en 1533, como ya explicó Julián Martín Abad, *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Madrid, Arco, 1991, pp. 41 y 392-393. El texto se publicó en latín y en castellano al mismo tiempo y cabe suponer que Marineo participó muy directamente en la traducción al castellano de su propia obra, algo que ya había hecho con la biografía que escribió sobre Juan II (la versión vernácula de dicha biografía fue descubierta recientemente por José M.^a Maestre y Mercedes Torreblanca, «Descubrimiento de un manuscrito en la Iglesia de

había visitado personalmente el lugar en que el monarca había sido engendrado: una casa muy humilde del Fresno, «cuyas paredes no con mármoles de Paro ni piedras labradas artificiosamente habían sido edificadas, mas con tierra tapiada, y apenas estaban enhiestas». Da la impresión de que esa pobreza extrema del habitáculo en que fue concebido el monarca era una señal de la austeridad de sus progenitores, en línea con los ideales ascéticos de aquellas corrientes religiosas que apostaban por la sencillez y pobreza. Tampoco su nacimiento ocurrió en un suntuoso palacio, pues la reina, acuciada por los dolores del parto y ante su deseo de que el príncipe naciese en Aragón, se retiró a Sos, «lugar de Aragón el más cercano a Navarra». Allí, en medio de oraciones a la Virgen, nació el heredero. Casi cabría decir que en estos dos episodios, el de la concepción y el del nacimiento, el cronista siciliano se sirve de un patrón cristológico: el nuevo heredero, cuyo nacimiento ocurrió en invierno, lo hizo en un lugar al que la reina había llegado tras un duro viaje a fin de que se cumpliera con una tradición, casi profecía, como ocurre con el nacimiento de Cristo, que no podía nacer sino en Belén. Una función semejante cumple la conocida anécdota del encuentro en Estella entre Fernando y su hermanastro Carlos, quien supo percibir, antes que nadie (al igual que Juan Bautista ante su primo Jesús), el carisma especial de aquel pequeño de cinco años al decir aquello de «vos habéis de ser el non plus ultra entre los reyes de Aragón. Dios quiera que yo diga verdad»⁷.

Sin alejarnos de esos primeros momentos en la vida del futuro rey, Marineo narra las «señales e juyzios que fueron vistas de su próspero nascimiento»:

Santa María la Mayor de Alcañiz con la traducción al castellano de 1511 de la biografía de Juan II de Aragón compuesta por Lucio Marineo Sículo», en José M.^a Maestre Maestre, José Pascual Barea y Luis Charlo Brea, eds., *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*, Alcañiz-Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, 2009. 3, pp. 1177-1222). Los fragmentos que cito a continuación los tomo de la versión castellana de 1530, reimpresa en varias ocasiones; de hecho, parto del ejemplar publicado en 1539 del que existe una edición facsímil, *Obra compuesta por Lucio Marineo Sículo coronista de sus Majestades de las cosas memorables de España*, La Coruña, Ed. Órbigo, s. a.

⁷ La anécdota, a todas luces falsa, la recogió el padre Queralt y la glosó Vicéns Vives (yo he tomado el dato de José Ángel Sesma Muñoz, *Fernando de Aragón, Rex Hispaniarum*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1992, p. 23). En esta misma línea, está el vaticinio de Carlos de Viana sobre su hermano recogido en la crónica de Segismondo Conti, *Historiae suorum temporum*. Según este cronista, el príncipe Carlos invitó a los nobles a venerar al niño porque sería la gran gloria de su familia y de España entera. Este dato me lo ha brindado generosamente Álvaro Fernández de Córdoba, quien lo recoge en su artículo «Fernando el Católico desde la Curia papal: identidad política e itinerario propagandístico en el espacio italiano (1469-1504)», publicado en este mismo volumen.

Apareció súbitamente grande serenidad en el cielo y el sol (que en todo el día apenas avía parecido) resplandeció más claro que antes solía. Demás desto apareció en el ayre una corona de muchas colores muy hermosas y semejante al arco del cielo. Estas señales parecían mostrar sin dubda a muchos que las vieron que el infante que entonces nascía avía de ser claríssimo entre los hombres. Del nacimiento deste Rey excelentissimo dixeron y pronosticaron muchas y muy grandes cosas muchos varones sabios y en la sciencia de la Astrología experimentados, así los que fueron presentes y lo vieron nascer como los ausentes y que lexos estauan (lib. XIX, fol. cliiir).

Lo más sorprendente es que esas señales —continúa el relato— no sólo se vieron en Sos, sino también en Nápoles, donde un fraile carmelita acudió ante el rey Alfonso V para comunicarle que el niño recién nacido estaba llamado a realizar muy grandes obras. Es posible que esta profecía del monje carmelita sea un pálido recuerdo de la recogida por Jeroni Torrella en el prefacio de su *De imaginibus astrologicis*, Valencia, 1496, paráfrasis de la famosa profecía *Surge, vespertilio, surge, surge*, atribuida a un ermitaño de Constantinopla hacia 1455. En ella se anuncia la venida del Anticristo, una afirmación que Torrella respalda con sus conocimientos astrológicos y con la apelación a las predicciones hechas por judíos y musulmanes sobre las infinitas desgracias que sobrevendrían por la confluencia de tres planetas: Saturno, Júpiter y Marte. Ante esta situación, Torrella responde a tres preguntas hechas por el propio rey, interesado en saber si ese acontecimiento tardaría en producirse, si se podía conocer a qué regiones afectaría la influencia malévola de los astros, y si Constantinopla volvería a manos cristianas, signo claro de la desaparición de la religión mahometana. Por supuesto, todas las respuestas apuntaban en la dirección de que Fernando era el elegido y que el momento final se acercaba.

La profecía constantinopolitana en la que se apoya Torrella no tiene desperdicio. Fechada en 1455, predice el casamiento de Fernando (el vespertilio entrevisto en sueños por el eremita sobre el mar Mediterráneo) con una «pariente consanguínea», anuncia la conquista de Granada («omnes demum reges maometicos meridionales a suis propriis dominationibus depones eorumque dominus et rex efficieris») y pronostica su acceso al trono imperial (el suyo propio o de su heredero): «Ad imperium certe tu ascendes, et monarca indubitanter eris, tu vel heres tuus»⁸.

Sin lugar a duda, que el nacimiento del príncipe se acompañase de signos proféticos equiparaba su figura a la de los grandes héroes de antaño, a los santos (no olvidemos que la existencia de reyes taumaturgos fue común en la Edad Media y

⁸ Cito el texto por la edición de E. Duran-J. Requesens, *Profecía i poder...*, *op. cit.*, p. 376.

que el propio príncipe de Viana, hermanastro de Fernando, fue saludado como santo a su muerte) y al propio Cristo⁹. Desde la Antigüedad, un nacimiento prodigioso era señal clara de la naturaleza excepcional del niño, como en el caso de Alejandro Magno, que vio la luz al tiempo que se incendiaba el templo de Diana en Éfeso, un presagio claro de sus campañas orientales. Precisamente, la figura de Alejandro sirvió de referente al monarca aragonés en varios momentos de su vida. Sin ir más lejos, la propia divisa del monarca *Tanto monta* y el yugo remiten, como bien explicó Juan Gil¹⁰, al nudo de Gordio, anuncio de las campañas orientales en pos de la conquista de Tierra Santa. No faltarán tampoco referencias al gran Hércules, un héroe ligado especialmente a la Península Ibérica y de manera muy particular a Aragón, como se verá más adelante.

Detengámonos unos instantes en lo que acabamos de decir: por un lado, la figura de Fernando encaja a la perfección en la tradición profética aragonesa, que lo destaca como «el elegido» y se sirve de una simbología en que no faltan el Anticristo, el Monarca Universal o el vespertilio devorador de los mosquitos musulmanes; por otro, a esa tradición que lo saludaba como un nuevo Mesías se añaden imágenes que relacionan al príncipe con los héroes de la Antigüedad clásica: Alejandro, Eneas, Jasón o Hércules se convirtieron entonces en los referentes más usados por unos escritores que los comparaban con el joven Fernando en sus panegíricos. Las largas *orationes* encomiásticas y celebrativas, los dísticos elegíacos y alguna que otra oda horaciana fueron los moldes más comunes para verter unos elogios enraizados en la tradición clásica. Incluso hubo quien creyó ver en Fernando al héroe de un gran poema épico, aunque los poemas escritos en hexámetros en aquella época se quedaron en meras tentativas por lo limitado de su extensión.

Sin embargo, no todo es achacable a un sesudo programa propagandístico. Desde niño, Fernando hubo de crecer con el convencimiento de que estaba llamado a empresas mayores, una creencia que fue compartida y alimentada por su entorno. Así, cuando tenía 10 años, algunos cronistas se hicieron eco de su precoz madurez cuando recibió en Barcelona al maestro de Rodas, según se recoge en el *Llibre de solemnitats* («ab manera, gest e continença molt graciosa,

⁹ Cf. J. A. Sesma, *Fernando de Aragón...*, cit. en n. 5, p. 28, donde recoge la anotación de Çafont en el *Dietari* correspondiente al 23 de septiembre de 1461: «Sant Karles, primogenit d'Arago e Sicilia».

¹⁰ Cf. Juan Gil, «Alejandro, el nudo gordiano y Fernando el Católico», *Habis*, 16 (1985), pp. 229-242. Vid. también Sagrario López Poza, «Empresas o divisas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón (los Reyes Católicos)», *Janus*, 1 (2012), pp. 1-38.

com si fos de edat cumplida»), o cuando intervino en el *Consell del Principat* «satis quidem disserte et discrete quantum sua etas pariebatur»¹¹. En definitiva, Fernando venía a encarnar a un auténtico *puer senex*, nuevo indicio de su futura personalidad (vale recordar cómo también Alejandro asombró a los embajadores persas de visita en Pella o cómo Jesús hizo lo propio ante los rabinos del templo [Lc. 2, 41-52]). Esa extrema prudencia, que fue siempre una de las características más destacadas de su carácter, se aliaba con una probada valentía en el uso de las armas, condición indispensable del héroe. De hecho, no hay que olvidar que el joven Fernando fue educado en los ideales de la caballería, transmitidos de forma efectiva por una rica y abundante literatura caballeresca. Ejemplos familiares no le faltaban: ahí estaban su abuelo Fernando de Antequera, su padre y, sobre todo, su tío Alfonso el Magnánimo, quien, como recuerdan Sesma y Marín Pina¹², se erigió en paladín de los príncipes cristianos frente a los turcos y envió un cartel de desafío al Gran Can. No hay que pasar por alto el influjo de esos modelos caballerescos tan cercanos, pues Fernando ingresó en la Orden del Toisón de Oro en 1470 y participó en torneos y justas como las de Valladolid de 1475, en que envió cinco carteles de batalla a Alfonso de Portugal V en un intento por dirimir la guerra mediante un combate singular¹³.

El único aspecto en el que Fernando no andaba tan adelantado fue en el cultivo de las letras y las artes, pues «la fortuna cruel», según palabras de Marinero, se interpuso en su camino; con todo, continúa el italiano, pudo suplir esa falta gracias a su enorme talento natural, por lo que no faltaron quienes lo elogiaron como mecenas y hombre sensible a las artes. De ese modo, cuando en 1469 el joven Fernando había cumplido 17 años, contaba con todos los ingredientes para comenzar su heroico periplo.

¹¹ Cf. J. A. Sesma, *Fernando de Aragón...*, cit. en n. 5, p. 36.

¹² Cf. J. A. Sesma, cit. en n. 9, pp. 19 y 133; M. Carmen Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la ficción caballeresca», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballería castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 103-125.

¹³ Cf. J. Ángel Sesma Muñoz, «Carteles de batalla cruzados entre Alfonso V de Portugal y Fernando V de Castilla (1475)», *Revista Portuguesa de Historia*, 16 (1978), pp. 277-295 (tomo esta referencia y los datos anteriores del excelente artículo de C. Marín Pina, cit. en n. 10. A este respecto, no hay que olvidar la importante influencia de los ideales caballerescos de las cortes franco-borgoñonas en la Castilla del siglo XV. Como ha señalado acertadamente Álvaro Fernández de Córdoba Miralles, «L'impact de la Bourgogne sur la cour castillane des Trastamare», en Werner Paravicini et al., *La cour de Bourgogne et l'Europe*, París, Jan Thorbecke Verlag, 2013, pp. 593-630, esa influencia se hizo especialmente visible a partir de 1430, con el apoyo decidido de Álvaro de Luna que vio en la imitación de los usos y costumbres franco-borgoñones una manera de contrarrestar el poder aragonés, de clara inspiración italiana.

II. FERNANDO: UN NUEVO ÉNEAS EN LA GUERRA CIVIL CATALANA, UN ESFORZADO HÉRCULES EN LA CONTIENDA GRANADINA Y FUTURO BUEN PASTOR DE LA GREY DE CRISTO

En la construcción de ese perfil heroico de Fernando tuvieron mucho que ver los poetas italianos asentados en la corte. Entre ellos, destaca de manera especial Antonio Geraldini, fiel servidor de la casa aragonesa desde su llegada a España en 1469 hasta su muerte en 1488. Así, en una oda escrita al estilo horaciano (I, 2), Geraldini echa por tierra los augurios proféticos de naturaleza mística y escatológica comunes en el entorno del monarca, para resaltar que sus éxitos son sólo achacables a sus virtudes innatas, su propio talento y a los dones de la tierra que con tanto acierto rige: *Ad eminentissimum regem Hispaniarum Ferdinandum tertium* [sic]¹⁴ *de eius regnis et uirtutibus, que eidem certius quam prophetarum et sybillarum uersus amplissimum orbis imperium pollicentur*. En el poema, tras una pequeña *laus Hispaniae* y de los otros territorios que gobierna, vienen las alabanzas al monarca por sus *facta*. Nacido en lo que venía a ser una especie de campamento militar, Fernando se comporta como un auténtico soldado, según demostró en la victoria obtenida en Calaf («Calaphis in aruis»). Después, en la guerra civil, Fernando se reveló como un *alter Aeneas* con su propio padre. Tras ese episodio troyano, llegó su matrimonio. Fernando, entonces, es un nuevo Jasón, que ha traído como premio el vellocino dorado, que no es otra cosa que la capa real, según interpreta Früh, y una esposa mejor (mejor, claro está, que la perversa Medea). No se detienen ahí las comparaciones mitológicas, pues a continuación el rey es equiparado a Hércules, el héroe civilizador por antonomasia, una imagen recurrente en la literatura de la época¹⁵:

¹⁴ Sobre este aparente error, véase Martin Früh, «Profecía y realidad: una oda de Antonio Geraldini al rey Fernando el Católico», en D. Briesemeister-A. Schönberger, eds., *De litteris Neolatinis in America Meridionali, Portugalia, Hispania, Italia cultis*, Fráncfort-Valencia, 2002, pp. 47-67. En este trabajo se ofrecen la edición del poema junto con un magnífico estudio del mismo. La oda en cuestión se incluye en los *Carmina ad Iohannam Aragonum*, I, 2, del poeta de Amelia.

¹⁵ Así, el humanista Pietro Marso, que renunció a componer una obra sobre la toma de Granada, en su *Panegyricus in memoriam sancti Augustini*, habla de los píos soberanos que combaten *herculeo ardore* contra los *atrocissimis Mauris* (tomo el dato del excelente trabajo de Álvaro Fernández de Córdoba, *Alejandro VI y los Reyes Católicos. Relaciones político-eclesiásticas (1492-1503)*, Roma, Università de la Santa Croce, 2005, p. 155).

Mox velut magnus fera monstra delens
 Hercules, nuptam soliumque nupte
 sistis et celsa dominaris orbis
 uictor in arce.

Después, como un gran Hércules
 que destruye a monstruos fieros,
 restableces a la novia en su trono¹⁶
 y, vencedor, dominas el orbe
 en tu excelsa sede.

Cabe señalar, precisamente, la novedad que supone la utilización de los metros horacianos para ensalzar al soberano, pues nos hallamos ante una de las primeras odas escritas en España con este carácter encomiástico (imitación consciente de Horacio con sus alabanzas a Mecenas y al propio Augusto)¹⁷. No es ésta la única ocasión en que Antonio Geraldini elogió al monarca en sus *Carmina ad Iohannam Aragonum* (Roma, ca. 1486-1487), escritos en honor de Juana de Aragón, la hija natural del rey y hermana, por tanto, de Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza¹⁸. Así, en la oda II, 16, Fernando es descrito como un rey digno de toda alabanza y, lo que resulta más significativo, como un mecenas generoso que ha concedido el laurel poético, además de comida y cobijo, al propio poeta italiano; en la II, 18, su loa lo destaca como señor de un vastísimo reino, que Febo puede contemplar cuando su rostro declina (*prono ore*), imagen que evoca el viejo mito de la *translatio imperii* con las miras puestas ya en occidente.

Siempre fiel a la casa aragonesa (Isabel inspiró pocos versos al italiano a pesar de la dedicatoria del libro de los epodos), Geraldini elogia de nuevo a Fernando en la primera y en la última égloga de su *Carmen Bucolicum* (Roma,

¹⁶ Posiblemente, se refiere a la Concordia de Segovia en la que Isabel fue nombrada reina de Castilla (1475).

¹⁷ Sobre la aclimatación de la oda horaciana en la península, vale repasar los trabajos de José M.^a Maestre Maestre, «La oda latina en el Renacimiento hispánico», en Begoña López Bueno, coord., *La oda*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1993, pp. 75-120, y Dietrich Briesemeister, «Die neulateinische Lyrik in Spanien: Antonio Serón, Elegeia VIII», en Manfred Tietz et al., ed., *Die spanische Lyrik von den Anfängen bis 1870*, Fráncfort, Veruert Verlag, 1997, pp. 255-269.

¹⁸ Una edición completa de estos poemas puede verse en Martin Früh, *Antonio Geraldini († 1488). Leben, Dichtung und sociales Beziehungsnetz enines italienischen Humanisten am aragonesischen Königshof. Mit einer Edition seiner Carmina ad Iohannam Aragonum*, Münster, Lit Verlag Münster, 2005.

ca. 1485)¹⁹, *laudes* que hacen de preludio y cierre. En esta ocasión, la inspiración le llega de Virgilio, quien también había elogiado al príncipe en su *Égloga* I por medio de Títiro (vv. 40-45). Si en la *Égloga* I de Geraldini (I, 22-28), dedicada al nacimiento de Cristo, Fernando es nada menos que un pastor que protege a sus ovejas o un león que derrota a los lobos y demás alimañas (en clara alusión a los musulmanes, que ahora van a ser crucificados), en la duodécima y última, titulada precisamente *De vita beata*, el rey aparece como un nuevo Alcida que limpia los campos de monstruos (XII, 11-14):

I, 22-28:

O decus aetatis nostrae, qui moribus annos
anteis, exsuperasque senes virtute verendos!
Spemne tuae cantare iubes, puer, indolis an quae
iam dudum ipse parens armenti dives Hiberi
ampla repurgatis patefecit pascua silvis?
Affixitque lupos crucibus leo, strinxit et ursos
serpentesque truces dirarum et monstra ferarum.

¡Oh, honor de nuestra época, que con tus costumbres tus propios años
superas y aventajas en virtud a los ancianos venerables!,
¿me ordenas cantar, muchacho²⁰, la esperanza que tu carácter promete
o los extendidos pastos que desde hace tiempo, tras limpiar los bosques,
ha dejado abiertos el rico padre del rebaño ibero?
Este león ha clavado a los lobos en cruces, y a los osos,
feroces sierpes y terribles monstruos fieros los ha ensartado con su espada.

XII, 11-14:

Hoc iubet Alcides, nostrae quo vindice terrae
purgantur monstros, cui fulget purior aetas,
saecula compositis qui gentibus aurea reddit
Hispanique docet Mauros iuga ferre leonis.

Esto ordena el Alcida, por cuya defensa límpianse
de monstruos nuestras tierras; para él refulge una edad más clara,
pues ha traído los siglos de oro a unos pueblos ya recompuestos,
y enseña a los moros a soportar los yugos del león español.

¹⁹ Para las églogas de Geraldini sigo la edición de Sigrun Leistriz, *Das «Carmen Bucolicum» des Antonio Geraldini. Einleitung, Edition, Übersetzung, Analyse ausgewählter Eklogen*, Trier, Wissenschaftlicher Verlag Trier, 2004.

²⁰ El *puer* de esta égloga es Alfonso de Aragón, hijo natural del rey Fernando. Por lo tanto, el elogio al padre no es sino una manera de ensalzar al hijo (*a patre*), que nuevamente es una clara representación del *puer senex* por su prudencia.

Todos estos poemas de Geraldini fueron publicados en Roma, seguramente durante su embajada ante Inocencio VIII para presentarle los respetos de los Reyes Católicos. Entonces Geraldini pronunció un discurso donde se recogen estas mismas ideas: *Oratio in obsequio canonice exhibito per illustrem comitem Tendille, prothonotarium Metimnensem, et per ipsum prothonotarium Geraldinum nomine serenissimorum Ferdinandi regis, et Helisabeth regine Hispanie Innocentio VIII*, Roma, 1486. Esta curiosa *oratio* se articula, de hecho, sobre un triple elogio: una efectiva *laus Hispaniae*, un sucinto repaso de la historia de la Península desde su pasado romano y, por último, un cumplido encomio de los propios reyes, verdadero brazo armado de los ideales de la iglesia. Aquí, se presenta a Fernando como un perfecto caudillo, que dirige su ejército *animo inuicto ac fere herculeo*, y un consumado domador de monstruos; a su lado, la reina Isabel, como esposa fiel, apoya en la retaguardia los avances de su marido, imparte justicia («iura populis dicit») e incluso se acerca al campamento para hacer las veces de general («ducis optimi munus implet»). Y no paran ahí sus méritos, pues también se preocupa por ofrecer servicios médicos a los heridos en la contienda («saudiis lectos, medelas et medicos; sanis autem arma, cibaria et egregia dona»), una novedad resaltada posteriormente en el discurso de Boscà sobre la toma de Málaga. Todo esto sucede en campaña, después de haber limpiado los campamentos de lenones, jugadores, perjuros y demás calaña. Los reyes preparan así su guerra como una auténtica cruzada en que la salvaguarda de la moral y las costumbres cristianas van por delante.

Pero no vayamos tan rápido y reparemos en el joven Fernando, desposado a los 17 años con una princesa castellana. Al igual que el oro se prueba en el fuego, el carisma del soberano hubo de probarse frente a las dificultades que le salían al paso. Casado con Isabel, con bula falsa por medio, Fernando inició sus andanzas castellanas y, con ellas, su encumbramiento político, que se reforzó más aún a la muerte de Juan II de Aragón en 1479²¹, como dejan entrever las odas antes comentadas. Ese matrimonio fue visto como una conjunción de astros favorables, antesala de futuras victorias y confirmación de los aires mesiánicos y escatológicos imperantes. A partir de ese momento, al rey Fernando se le unió Isabel: ambos a

²¹ La muerte del soberano mereció un sentido poema (*Carm.* I, 7) de Antonio Geraldini, quien también compuso un poema sobre el ascenso al trono de Fernando, *Elysendis*, custodiado en Biblioteca de la Corona de Aragón, Memorial 30, fols. 180-187, en cuya edición trabajo ahora. Sobre la oda a la muerte del rey, *vid.* M. Früh, «'Funus et eulogium': Antonio Geraldinis Ode zum Tode König Johannis II. von Aragón», en B. Czaplá-R. G. Czaplá-R. Seidel, eds., *Lateinische Lyrik der Frühen Neuzeit. Poetische Kleinformen und ihre Funktionen zwischen Renaissance und Aufklärung*, Tübinga, Niemeyer, 2003, pp. 11-33

la par, aunque cada uno, como se ha visto, con su propio papel bien definido. Si el fervor religioso y la *pietas* caían del lado femenino (lo que por otra parte estaba implícito en el mensaje moral de la Biblia, según se recoge en el elogio a la perfecta casada de Proverbios 31, y en la *Ética* aristotélica, donde se señala que la mujer debe ocuparse de la casa [*oikós*]), al rey le correspondía el ejercicio de las armas. Precisamente esa distribución de papeles sirvió también para que la reina se ocupase de los asuntos de dentro (la dirección política de Castilla) y el rey no escatimase esfuerzos en proseguir con la política expansionista de Aragón hacia Italia y el Mediterráneo, aunque sin desaprovechar el apoyo y fuerza que le brindaba su esposa, un impulso que se acrecentó, según se ha dicho, a la muerte de Juan II de Aragón.

Mucho se había andado hasta ese 1479: formalizado y validado el matrimonio, acalladas las guerras en Castilla contra la Beltraneja y con la herencia firme del reino de Aragón, se inauguraba un nuevo periodo, que recordaba, y mucho, la *Aurea aetas* cantada por Virgilio en su *Égloga IV*²², que Geraldini evoca directamente en la *Égloga XII* y en su discurso ante Inocencio VIII, un papa llamado a instaurar una nueva edad de oro coincidente con las actuaciones de los reyes españoles. En España, de repente, parecieron verse colmados todos los anhelos de paz y los reyes dedicaron sus esfuerzos a sentar las bases de su nuevo reinado, presentado a ojos de propios y extraños como una nueva era. Se imponía acabar con los males del pasado por medio de profundas reformas de orden político, religioso y cultural. Para afianzar esos cambios, nada mejor que una efectiva campaña de propaganda a través de las herramientas habituales: por un lado, los monarcas realizaron una ambiciosa política de obras públicas (algo que el obispo de Burgos, Alfonso de Cartagena, consideraba señal clara de la *magnanimitas* regia, virtud esencial que él percibía en Fernando III el Santo, con su apuesta por la construcción de catedrales, y en Enrique III, promotor de la Cartuja de Miraflores en Burgos, según recuerda en el *Duodenario*, III, donde se trata de las virtudes que han de adornar a los reyes —*fortitudo, iustitia, liberalitas y magnanimitas*—)²³.

²² Acerca del mito de la Edad de Oro y los Reyes Católicos, *vid.* Ángel Gómez Moreno-Teresa Jiménez Calvente, «Entre edenismo y *emulatio* clásica: el mito de la Edad de Oro en la España de los Reyes Católicos», *Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica*, 1 (2002), pp. 113-140. *Vid.* también Jeremy Lawrance, «*Fabulosa illa aurea secula*: The Idea of the Golden Age at the Court of Isabel», en D. Hook, ed., *The Spain of the Catholic Monarchs. Papers from the Quincentenary Conference (Bristol, 2004)*, Bristol, HiPLAM, 2008, pp. 1-48.

²³ En breve aparecerá nuestra edición, traducción y estudio de esta interesante obra del obispo de Burgos, quien aborda el estudio de las virtudes esenciales que ha de tener un buen gobernante en la tercera *quaestio*, donde traza la semblanza de gobernantes notorios del pasado clásico y de la historia de España, donde destaca las figuras de Fernando de Antequera

Escudos, yugos y flechas y otros símbolos regios engalanaron entonces las fachadas de los nuevos edificios públicos: iglesias, monasterios, hospitales y universidades. Por otro lado, los soberanos supieron ver las enormes oportunidades que les brindaba el mecenazgo literario. A este respecto, no hay que olvidar que, por aquella época, los aires del humanismo italiano soplaban con fuerza en España. Desde los tiempos de Juan II, padre de la reina, Castilla había ido impregnándose de la nueva moda cultural venida de Italia; en cuanto a Aragón, basta recordar la labor desarrollada por Alfonso V el Magnánimo en Nápoles, polo de atracción de lo más granado de la intelectualidad italiana del momento.

Precisamente, el empeño del Magnánimo por aparecer como un príncipe culto y un mecenas generoso debió influir en el hábil Fernando. Así, no hay que desestimar el peso de este modelo, engrandecido merced a las biografías y poemas épicos compuestos en su honor, como la *Alphonseis* de Matteo Zupardo, nada menos que diez libros, concluidos en 1457, donde se presenta al Magnánimo como la única esperanza de la cristiandad frente a los turcos²⁴. En el entorno del Magnánimo, los humanistas se esforzaron en el cultivo de la historiografía y, en especial, de la biografía, como una forma de reivindicar la excepcional condición de la nueva casa reinante y su misión providencial. A su lado, se agrupó, como es bien sabido, una pléyade de poetas que se hicieron eco de esos mismos mensajes en sus composiciones en latín y en vernáculo. Buen ejemplo de ello es, además del poema de Zupardo, el *Triumphus Alphonsi devicta Neapoli* de Antonio Pandoni Porcellio, compuesto por tres cantos, con sólo 719 hexámetros, en que se celebra la entrada triunfal del monarca en Nápoles tras derrotar a su oponente francés²⁵. A partir de

y su hermano Enrique, a quienes Cartagena había conocido personalmente (Cf. Luis Fernández Gallardo-Teresa Jiménez Calvente, *El Duodenario de Alonso de Cartagena: un proyecto literario inconcluso (edición, traducción y estudio)*, Madrid, Liceus, 2014 [en prensa]).

²⁴ Hay una edición moderna del poema hecha por Gabriella Albanese, ed. Matteo Zupardo, *Alphonseis*, Palermo, Centro di Studi Filologici e Linguistici Siciliani, 1990. El texto puede leerse en <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/searchresults?q=Zupardo&target=la&collections=Perseus%3Acollection%3APDILL>.

²⁵ Sobre Porcellio y su obra, *vid.* Ugo Frittelli, *Giannattonio de' Pandoni, detto il «Porcellio»*, Florencia, Ditta G. B. Paravia & C., 1900, quien duda de la naturaleza épica del poema a causa de la extrema cercanía con los hechos narrados; así, si en el primer canto se narran las guerras entre Alfonso y su oponente, Renato de Anjou, en el segundo sólo se centra en la ceremonia del triunfo. Por último, el tercero es un largo apóstrofe al monarca para que convierta a Nápoles en una gran ciudad, capital de su reino. A pesar de todo ello, «manca poi nel poema del Porcellio la *macchina*, de modo che il portentoso e il soprannaturale, che fornisce al poeta grandi vantaggi, non vi domina», p. 88.

ahí, el ideal de cruzada contra los turcos fue otra herencia napolitana que Fernando asumió de buen grado, como lo demuestra su postura ante el ataque de Otranto. Con todo, sus esfuerzos se dirigieron, en primer lugar, a la propia cruzada peninsular.

Más allá del ejemplo napolitano, está claro que el nuevo estado creado en España, mayor y más fuerte, precisaba de hombres de letras bien formados para gestionar los asuntos públicos. Esas gentes salidas de las aulas universitarias, amantes de la lectura y, de cuando en cuando, escritores ocasionales se convirtieron en un vehículo idóneo para la difusión de los nuevos mensajes políticos, que se insertaban en composiciones literarias fácilmente deudoras de los nuevos gustos estéticos. A los letrados españoles unieron pronto sus fuerzas algunos humanistas italianos venidos a España en busca de una posición que se les había negado en su patria. Gracias a todos ellos, las alabanzas de los monarcas y de su acción de gobierno no sólo se propalaron por la Península, sino que también se proyectaron fuera de ella. Y, claro está, aunque el presente se antojaba grande y magnífico, el pasado podía aportar un brillo aún mayor: si en el interior la monarquía goda era el modelo buscado, hacia el exterior bien valía recordar las raíces romanas de *Hispania* que, a los ojos de muchos de aquellos eruditos, eran tan profundas y robustas como las de la propia Italia²⁶.

En otras palabras, se imponía difundir esos mensajes lo más lejos posible sirviéndose tanto del castellano como del latín. Dejo a un lado la revitalización de las coplas de arte mayor, auténtica épica en castellano (recuérdese que a este periodo corresponde el comentario de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena, poema que encumbraba la labor de Juan II, padre de la reina), para centrarme en los poemas escritos en latín, que, en hexámetros o dísticos elegíacos, permitían ofrecer una imagen renovada de España, arropada con símbolos y referencias de clara raigambre clásica²⁷. Por supuesto, esa imagen clasicista se proyectó especialmente sobre Italia y, en particular, sobre la curia papal, donde los reyes tenían puestos sus ojos, como bien han demostrado Álvaro Fernández de Córdoba y Nicasio Salvador Miguel²⁸.

²⁶ Vid. Martin Biersack, «Los Reyes Católicos y la tradición imperial romana», *eHumanista*, 12 (2009), pp. 33-47.

²⁷ Para todos estos temas, *vid.* Ángel Gómez Moreno-Teresa Jiménez Calvente, «El reinado de los Reyes Católicos: buenos tiempos para la épica», en José Lara Garrido y Raúl Díaz González, eds., *La épica culta en España*, Málaga: Universidad de Málaga, 2012, pp. 1-39 [en prensa].

²⁸ Sobre la diplomacia de los Reyes Católicos en la curia romana es fundamental la monografía de Álvaro Fernández de Córdoba, *Alejandro VI y los Reyes Católicos...*, *cit.* en n. 11.

En pos de ese propósito y más allá de los ensayos líricos de Geraldini, los poetas prefirieron ceñirse al modelo de la épica virgiliana²⁹, pues cualquier lector culto sabía que la *Eneida* era una perfecta conjunción de hechos históricos y ficción poética, según había dejado escrito Servio³⁰. La nueva épica, por tanto, debía nutrirse necesariamente de historia (*vera*), y gestas extraordinarias, algo de lo que España estaba más que sobrada. Y para lograr que los hechos se inmortalizasen, no había sino que recurrir al ropaje de la ficción por medio de vaticinios, visiones o profecías³¹. Con todo, hay un ingrediente esencial de la épica virgiliana que los nuevos poetas áulicos no supieron o no pudieron explotar: la alegoría o el mensaje simbólico que encerraba la *Eneida* por doquier. Desde el principio, Virgilio compuso un poema que había que leer necesariamente en clave alegórica, pues la historia de Eneas, un héroe del pasado, iba más allá del relato mítico. A nadie se le escapa, no obstante, que el poema virgiliano podía leerse como una auténtica loa al aguerrido Augusto, llamado a fundar un nuevo imperio. Con estas premisas en mente, casi todos los poemas escritos en el entorno de los Reyes Católicos responden al patrón de la épica histórica, pues los hechos que se poetizan son absolutamente recientes, mucho más cercanos incluso de lo que estuvo la guerra civil para Lucano (autor, por otra parte, muy admirado por su condición de *Hispanus*). En ese sentido, el margen para la ficción que tiene el poeta es más estrecho y los poemas, sin poder desarrollar los amplios espacios de la épica, se quedan en meros

Vid. también el excelente trabajo de Nicasio Salvador Miguel, «Intelectuales españoles en Roma durante el gobierno de los Reyes Católicos», en Patrizia Botta, coord., *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH*, Roma, Bagatto libri, 2012, pp. 47-64.

²⁹ Heinz Hofmann ofrece un sucinto, pero muy clarificador estudio de los principales modelos literarios de la épica neolatina en su «Von Africa über Bethalem nach America: Das Epos in der neulateinischen Literatur», en Jörg Rüpke, ed., *Von Göttern und Menschen erzählen. Formkonstanzen und Funktionswandel vormoderner Epik*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2001, pp. 130-173.

³⁰ Cf. Servio: «Est autem heroicum quod constat ex divinis humanisque personis, continens vera cum fictis, nam Aeneam ad Italiam venisse manifestum est, Venerem vero locutam cum Iove missumve Mercurium constat esse compositum. Est autem stilus grandiloquus qui constat alto sermone magnisque sententiis. Intentio Vergilii haec est, Homerum imitari et Augustum laudare a parentibus».

³¹ Aunque las conclusiones de Lara Vilà en su tesis doctoral, «Épica e imperio. Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI», Universidad Autónoma de Barcelona, 2003, atañen más a la época del Emperador Carlos, resultan igualmente válidas e interesantes para el periodo que nos ocupa.

panegíricos en verso³², cuya función esencial es la loa o magnificación de unos sucesos recientes que, gracias a la agudeza de estos nuevos vates, se convierten en presagio de grandes acontecimientos futuros. En este tipo de composiciones, es común que los poetas reivindiquen el poder de su voz y se coloquen al lado de los homenajeados, pues su omnisciencia como narradores los convierte en consejeros y amigos de los poderosos. En este contexto, aparte de los vaticinios y sueños que se insertan para sustentar la ficción, se recurre con frecuencia a la comparación de los reyes, nobles o prelados (que de todo hay) con héroes de la mitología o de la historiografía clásica, un tipo de *exemplum* con valor moralizante y didáctico: en unas ocasiones, se acude a los personajes del mito, auténticos modelos de comportamiento, para hacer efectivo el tópico del sobrepujamiento, pues esos héroes del pasado se quedan en nada frente a los personajes del presente; en otras, la narración de esas hazañas otorga al poema cierto color y permite recrear unas acciones en las que lo fantástico y lo excepcional lo impregnan todo.

De ese modo, si para Virgilio el héroe no era otro que Augusto, al que cantó bajo la forma del venerado Eneas (*a parentibus*), ahora todas las virtudes heroicas las encarnan Fernando e Isabel en persona, sin subterfugios. Vuelvo a traer a colación los versos ya citados de Antonio Geraldini y su inspiración bucólica con un Fernando que se identifica con Hércules e incluso con Eneas en su relación con Anquises-Juan II, una imagen también explotada por otro poeta aragonés, el alcañizano Juan Sobrarias en un poemita compuesto para celebrar la biografía que sobre Juan II había compuesto el italiano Lucio Marineo Sículo. El poema en cuestión se publicó hacia 1513 junto con su *De laudibus Alcanicium*, aunque seguramente se compuso antes, pues Marineo había concluido su biografía hacia 1509³³. En esos versos, además de ponderar los méritos del

³² A este respecto, cabe recordar la cercanía entre el discurso epidíctico y la historia, como bien demostró Carmen Codoñer, *Evolución del concepto de historiografía en Roma*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1986. De igual modo, no hay que olvidar la enorme impronta de los panegíricos de los soberanos, en prosa, como el de Quintiliano, o en verso, como los de Claudiano a los cónsules, según expone Ernst R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, FCE, 1955, vol. 1, pp. 254-256. Sea como fuere, las influencias y modelos son múltiples: épica virgiliana, épica histórica y, por supuesto, el panegírico en verso y en prosa.

³³ Sobre esta biografía de Juan II escrita por Marineo, *vid.* Robert B. Tate, «Una biografía humanista de Juan II de Aragón» y «Lucio Marineo Sículo y Gonzalo García de Santamaría», en su *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 228-248, y pp. 249-262; Teresa Jiménez Calvente, *Un siciliano en la España de los*

relato, Sobrarias no desaprovechó la ocasión para elogiar a Fernando por su celo en rescatar del olvido las hazañas de su padre y por hacer que ese «rescate» se redactase en latín³⁴; con ello, el soberano no solo aparecía como un nuevo Eneas por su piedad, sino también como un hombre preocupado por las letras:

Anchises alter nati pietate, subactis
quem tulit Aeneas umeris per bella, per ignes
perque omnes ponti fluctus, per litora terrae.
Ast hunc Fernandus, cervice et vertice sacro
sustulit et celsum retulit super aethera caeli.
O pietas! O sancta fides! O saecula beata!

Un segundo Anquises por la piedad de su hijo,
al que Eneas llevó sobre sus hombros a través de guerras y fuegos,
a través de todas las olas del mar, por los litorales terrestres.
Fernando a éste sostuvo sobre su santa cabeza y su testuz,
y lo elevó excelso sobre el éter celeste.
¡Oh piedad! ¡Oh santa lealtad! ¡Oh siglos dichosos!

Pero el poema más ambicioso del poeta de Alcañiz sobre Fernando el Católico fue el *Panegyricum carmen de gestis heroicis diui Ferdinandi Catholici, Aragonum, utriusque Siciliae et Hierusalem regis semper augusti et de bello contra Mauros Lybies* (Zaragoza, 1511)³⁵. El poema, como se ve desde el propio título, posee una estructura bipartita: al lado de los elogios del rey, presentado con toda su *intitulatio*, se otorga una importancia especial a las guerras en el norte de África, prelude, claro está, de una época mejor en la que la paz volverá a reinar en toda la cristiandad. Sobrarias, desde el principio, insiste en la filiación genérica de su obra e, imitando las *recusationes* propias de los poetas latinos, se nos presenta como un vate inspirado al que las musas quisieran dictar una *Ferrandeide*, curioso título que nece-

Reyes Católicos. Los Epistularum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2001, pp. 207-212, y José M.^a Maestre Maestre y Mercedes Torreblanca, «Descubrimiento de un manuscrito» (cit. en n. 6), pp. 1177-1230.

³⁴ Cf. José M.^a Maestre Maestre, «La influencia del mundo clásico en el poeta alcañizano Juan Sobrarias. Estudio de fuentes literarias», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 2 (1985), pp. 325-340.

³⁵ A día de hoy no existe ninguna edición moderna de este poema. Lo más cercano es la traducción extremadamente libre de Félix G. Olmedo, *Sobrarias y su poema «Fernando el Católico»*, Zaragoza, Edit. Librería General, 1951. Un estudio del poema ofrece M.^a Violeta Pérez Custodio, «El Panegírico de Sobrarias al Rey Fernando el Católico», en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico (Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Cádiz, 1993, 749-758.

sariamente nos trae a la mente la obra virgiliana, siempre presente en este tipo de composiciones. Pero, claro está, los tiempos han cambiado y su poema, frente a los de los griegos (clara referencia ahora a la épica homérica), sólo cuenta hechos reales, unos *gesta* que despiertan la admiración del orbe entero. Por ello, tampoco puede cantar *transmutatas ridendo carmine formas* (en alusión clara a las *Metamorfosis* de Ovidio), como le señala a Alfonso de Aragón, destinatario último de los versos (vv. 55-62). Una vez más, el contexto épico que envuelve todo este periodo propicia la composición de un panegírico, una poesía de ocasión, aferrada a la historia y con clara vocación de convertirse en epopeya, aunque sin llegar a serlo del todo³⁶.

Así, el mito se infiltra en el poema, pues desde el principio Fernando es comparado con Hércules³⁷ e incluso se le llega a considerar casi un descendiente directo del héroe griego. Llegados a este punto, quizás convendría recordar las enormes implicaciones de esa afirmación, que nos lleva directamente a la vieja historiografía hispánica y el famoso mito de Hispán, sobrino o hijo del Alcida, y fundador de Hispania, evocado por Sobrarias en vv. 147-149. Si de acuerdo con esta leyenda Hércules era importante para España en su conjunto, mucho más lo era para Aragón, donde numerosas poblaciones se jactaban de haber sido fundadas directamente por Hércules en su viaje por la Península en el transcurso de su décimo trabajo en pos de los perros de Gerión. Entre esas poblaciones que guardaban estrechos vínculos con el héroe griego estaba Sos, patria chica del monarca, así llamada en recuerdo de Sosio, compañero de Hércules y guardián de todos sus secretos, según cuenta Sobrarias en vv. 173-174. Fue el propio héroe el que plantó las murallas de la ciudad y erigió en ella un templo en honor de su amigo muerto con la idea de que en el futuro naciera allí un «segundo Tirintio», un nuevo vengador, que no es otro que el rey Fernando³⁸.

³⁶ A este respecto resultan muy reveladoras las consideraciones de Catherine Ware, *Claudian and the Roman Epic Tradition.*, Cambridge-New York: Cambridge University Press, 2012, sobre la naturaleza épica de los poemas de Claudiano, autor de célebres panegíricos; según esta estudiosa, hay que interpretar estos *carmina* como un tipo de poemas épicos en atención a la intencionalidad de su autor. Así, aunque los *carmina heroum* de Claudiano guardan una estrecha relación con los panegíricos en prosa en cuanto estructura, contenido, temas y ocasión, el hecho de emplear el verso revela que esos acontecimientos son entrevistados como verdadera épica tanto por el autor como por los lectores.

³⁷ Sobre este particular, *vid.* José M.^a Maestre, «La presencia de Hércules en el *Panegyricum carmen gestis heroicis divi Ferdinandi* de Juan Sobrarias Segundo», *Calamus renascens*, I (2000), pp. 209-228.

³⁸ A este respecto, conviene repasar el capítulo que dedica Joan Margarit en su *Paralipomenon Hispaniae*, lib. II, fol. XIX, al mito de Hércules y su paso por España. Así, recuerda que en la mitología hay varios Hércules (en esto sigue muy de cerca a Boccaccio y su *De*

Más adelante, el poeta, como bien han señalado Maestre y Pérez Custodio en los trabajos antes citados, compara los peligros bélicos que acosan al joven rey Fernando con algunos de los célebres trabajos del héroe griego: las asechanzas de Juno contra el niño Hércules y el episodio de la serpiente equivalen a la participación de Fernando en la guerra civil catalana (1462-1472), según refiere en los vv. 228-240. Años después, la propia guerra de Granada ofreció episodios en los que resulta fácil la comparación de los musulmanes con la famosa Hidra de Lerna (vv. 328-333), el león de Nemea o el toro de Creta (vv. 383-388). Y todo ello a pesar de que Sobrarias dice explícitamente que no se puede demorar en las guerras granadinas, suficientemente narradas por otros poetas, pues la musa le ha pellizcado la oreja y le ha ordenado cambiar el rumbo (formulación característica del tópico de la *recusatio*, presente en numerosos autores clásicos, aunque con una referencia muy directa, en este caso, a Virgilio, *Ec.* VI, 3-4) vv. 397-413:

Sed nostros revocare gradus et carbasa Musae
 flectere deposcunt, quarum sic voce profata
 Calliope vatem non ultra est passa, sed aurem
 vellit et his dictis tenuit mea cepta: «dabuntur
 tempora cum tractu poteris decurrere carmen
 perpetuo longum, vates, et bella referre
 quae tuus iste deus toto confecerit orbe.
 Nunc sequere incoepta et parvo bacchator hiatu».
 Huic ego tum parens adversus plectra reflexi
 et cytharam resonare dedi non multa boatu
 carmina grandisono sed non indigna Camoenis,
 cum teneant laudes, vera et praeconia regis
 excelsi, ductu cuius fera Tartara praeda
 sunt spoliata sua, manes coelumque receptat
 sedibus aethereis quos prima ab origine mundi
 demissos astris voluit super astra redire

genealogia deorum gentilium, además de otras fuentes más antiguas que menciona con detalle), de los que sólo uno podía ser el hijo de Júpiter. Entre los Hércules falsos, se encuentra el que estuvo por Hispania, un simple mortal además de un malhechor consumado, según explica el obispo de Gerona («Hic enim noster sceleratissimorum sceleratissimus et omnium sui nominis deterrimus fuit»). Así, dispuesto a aclarar las cosas, Margarit señala que ese Hércules, hijo de un padre ignoto (no ahorra detalles sobre el adulterio cometido por Alcmena) vino a España atraído sólo por el afán de riquezas («cogitavit in Hispaniam venire sola prae-dae cupiditate allectus»). Por supuesto, los poetas que apelaron a Hércules para ensalzar al monarca dejaron a un lado la investigación llevada a cabo por el obispo de Gerona.

cura Iovis celsi qui nutu temperat orbem.

Pero las Musas me piden que dé la vuelta
y pliegue mis velas; de ellas, Calíope
habló así, sin dejar al poeta ir más allá,
sino que, pellizcando mi oreja, detuvo mis proyectos
con estas palabras: «se te darán, poeta,
tiempos en que puedas desarrollar un largo poema
con trazo continuo y referir la guerras
que este dios tuyo ha realizado por todo el orbe.
Ahora prosigue lo comenzado y déjate inspirar con este pequeño soplo».
Yo, obediente a esta, volví a desplegar mi plectro
y permití que mi cítara hiciera sonar unas canciones, no muchas,
de grandísono eco y no indignas de las Camenas,
pues contienen las alabanzas y elogios veraces de un rey excelso,
bajo cuya guía el fiero Tártaro es despojado de sus rapiñas,
y el cielo acoge en sus sedes etéreas a los manes
que, abajados de los astros desde el origen del mundo,
el cuidado del excelso Jove, quien con un ademán regula el orbe,
quiso hacer regresar a las altas estrellas.

Estos versos marcan el inicio de la segunda parte; así, más allá de ese momento dorado de 1492, un tanto lejano ya en el horizonte de Sobrarias, el poema prosigue su curso para narrar la expulsión de los judíos, el descubrimiento de las nuevas islas y las batallas acometidas en Italia, donde sobresale la figura de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Por supuesto, no podía faltar una mención a la muerte de la reina Isabel, el viaje de Fernando a Nápoles, su vuelta a Castilla tras la muerte de su yerno Felipe y las campañas en el norte de África. Precisamente, con estas campañas norteafricanas y con nuevos vaticinios sobre la futura conquista de Jerusalén termina el poema de Sobrarias, vv. 1259-1276:

Audi nunc quid fata tibi, quid sidera donant,
quid fortuna potens: toti dominabere mundo.
O fortunatae gentes quae tempore nostro
arua beata colunt, quibus et bona fata dederunt
imperio parere tuo, nam tramite recto,
te regnante, suos gressus vestigia figunt!
Hos licet, o gentes Solymae, sperare triumphos:
Expectata dies aderit nec defore multum
credite, cum nostris submittet colla lacertis
gens fera, quae multos tenuit tam turpiter annos

sacratum Solomonis opus divinaque templa
hic ubi salvator Christus sermone docebat
verba patris Celsi. Iam iam deponite cuncti
maerorem: pastor Fernandus ouilia Christi
cogit ovesque vagas solers coniungit in unam
caulam et ad excelsam cunctos conclamat amico
ore fidem, ut semper maneat per tempora cuncta
omnibus una fides, deus, et rex omnibus unus.

Escucha ahora qué te brindan los hados, qué las estrellas,
qué la poderosa fortuna: «dominarás todo el mundo».
¡Oh gentes afortunadas, que en este tiempo nuestro
cultivan campos dichosos, a las que los buenos hados
han concedido estar bajo tu imperio, pues por un camino recto,
bajo tu reinado, tus huellas fijan sus pasos!
Gentes de Jerusalén, lícito es esperar estos triunfos:
llegará el esperado día y, creedlo, no falta mucho;
con nuestros brazos doblegará su cuello
aquel pueblo fiero que muchos años tuvo en su poder
de forma tan vergonzosa los templos divinos y la obra sagrada de Salomón,
allí donde Cristo Jesús enseñaba de viva voz
las palabras de su excelso padre. Abandonad ahora mismo
vuestra tristeza: el pastor Fernando reúne
el rebaño de Cristo y a las ovejas perdidas junta
en un único redil, y con voz amiga os convoca a todos
a la excelsa fe, para que perdure siempre para todos por toda la eternidad
una única fe, un único dios y un único rey.

Como se ve, la última imagen elegida por Sobrarias, tras largos meandros en los que no faltan continuas referencias al mundo clásico, vuelve sobre los pasos de Cristo; así, como acabamos de leer, Fernando es el buen pastor que cuida del rebaño de la iglesia y lo reconduce a un único redil, una alusión clara al final de las guerras fratricidas entre los diferentes príncipes europeos, recordadas también en los versos previos. De nuevo, la imagen mesiánica de Fernando, un auténtico Hércules cristiano, cobra la fuerza suficiente como para poner el broche final a este panegírico. A este respecto y como mero apunte, vale recordar que esta idea del irenismo cristiano fue una de las más queridas por el emperador Carlos V, que se erigió como adalid de la cristiandad frente al turco y, más tarde, enemigo de los herejes. En esto también el rey Fernando llevó la delantera.

III. ALGUNOS HITOS EN LA CONQUISTA: MÁLAGA, BAZA Y, POR FIN, GRANADA

La afirmación de Sobrarias sobre lo superfluo de demorarse en la contienda granadina nos pone sobre la pista de la resonancia obtenida por esa lucha en la conformación del perfil heroico del rey Fernando. Por ello, a pesar de que el panegírico del poeta alcañizano nos lleva a la etapa de madurez del monarca, es necesario volver hacia atrás y fijarnos en esas guerras que tuvieron enorme resonancia en toda Europa y, sobre todo, en Roma³⁹. Así, a partir de 1482, la figura del monarca se engrandeció aún más por su ardor guerrero frente a un enemigo que, a menudo, se identifica con alimañas a las que hay que exterminar (osos, sierpes o lobos, según la figuración de Geraldini) o con los monstruos que pueblan los relatos de los trabajos de Hércules; en especial, se alude a la hidra, cuya imagen recuerda a un dragón o una serpiente, figuración del monstruo abatido por San Jorge o del demonio derrotado por el arcángel San Miguel; de ese modo, el episodio de la hidra se convirtió en el más adecuado para equiparar a Fernando con el Alcida y con algunos santos.

De 1486 data el poema que Antonio de Nebrija compuso a instancias de Hernando de Talavera, a la sazón confesor regio, sobre la peregrinación de los Reyes Católicos a Santiago. Aquel viaje estuvo cargado de simbolismo: por un lado, los reyes visitaban por vez primera las tierras levantiscas de Galicia, en las que habían conseguido imponer su ley tras eliminar a los nobles y señores rebeldes; por otro, cumplían con el viejo rito de la peregrinación religiosa ante el santo patrón de España para pedirle su ayuda en aquella tarea en la que el amado discípulo de Cristo más se había destacado: la erradicación de los musulmanes. El poema titulado *Peregrinatio ad divum Iacobum*, en su brevedad, contiene un sinfín de detalles interesantes⁴⁰. Nebrija se sirve aquí del patrón métrico propio de la épica clásica (el hexámetro) para, en un alarde de erudición, contar brevemente la historia de la llegada del cuerpo de Santiago a España, ante cuya tumba, ya en el presente, la reina ruega fervorosa que ayude a su marido en las duras batallas que acaba de acometer.

³⁹ Un sucinto repaso de las obras alusivas a Granada escritas por italianos puede verse en Devid Paolini, «Los Reyes Católicos e Italia: los humanistas italianos y su relación con España», en Nicasio Salvador Miguel-Cristina Moya, eds., *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, Fráncfort-Madrid, Vervuert, 2008, pp. 189-205.

⁴⁰ Para este poema, me remito a mi trabajo «Nebrija, poeta áulico: la *Peregrinatio Regis et Reginae ad Sanctum Iacobum*. Edición, traducción y estudio», *Medievalismo*, 20 (2010), pp. 63-95.

Además de esta estructura bipartita (condición indispensable en los poemas de corte virgiliano), no faltan elementos que nos remiten al universo de la épica clásica. Nebrija asigna a cada soberano un papel: Isabel es la mujer fiel, encarnación viviente de la *pietas* cristiana; Fernando es el valiente guerrero (*armipotens coniunx*) que, como los héroes del pasado, recibe la ayuda directa de la divinidad, en este caso de Santiago, en un episodio de la contienda (vv. 51-65):

te duce, te socio, te milite signiferoque
 non semel armipotens perfregit moenia coniunx,
 diruit attegias Maurorum, diruit arces
 ingenioque loci ualidas hominumque labore.
 Non semel horrendo superauit Marte feroces
 Poenorum populos et stragis uidit aceruos,
 cum tamen ex nostris uix esset uulneris auctor.
 Singilis est testis, dulci qui temperat unda
 arbore Palladia redimitum tempora Baethim,
 et Lethae Stygii referens obliuia Lethes
 et cum Mentesa Parnasia Castulo testis
 Mundaque Caesarei non ultima fama laboris
 mille loci testes, medio quos hoste recepit
 Christicolisque dedit, diuis quoque templa sacrauit
 olim quae fuerant Mahumetis lege profana

Siendo tú su general, tú su compañero, siendo tú soldado
 y alférez, en más de una ocasión mi armipotente esposo quebró los muros,
 destruyó las aldeas de los moros, sus fortalezas destruyó,
 que eran sólidas por su enclave y por la humanal labor.
 En más de una ocasión, superó con horrendo Marte
 a los púnicos pueblos fieros y vio montones de cadáveres,
 aunque difícilmente el autor de las heridas⁴¹ podía ser uno de los nuestros.
 Testigo es el Singilis, que tempera con su dulce onda
 las aguas del Betis, de sienes coronadas por el árbol de Palas;
 testigo es el Lete, que trae los olvidos del estigio Leteo,
 y testigo es, con Mentesa, Cástulo, oriunda del Parnaso,
 y Munda, no fama última del esfuerzo de César,
 testigos mil lugares rescatados de las manos del enemigo
 y entregados a los cristianos, donde a los santos consagró templos
 que habían sido de la profana ley de Mahoma.

⁴¹ Como indica en su glosa, sólo el apóstol pudo causar tantas heridas entre los sitiados: «inueniebantur hostes occisi et nemo ex nostris occiderat illos, ex quo uidetur ipsum apostolum confecisse illos».

Basta leer con atención los versos para comprobar el celo clasicista de Nebrija, quien, tras publicar su poema en 1491, volvió a editarlo acompañado de una glosa en 1500; en esa edición comentada, resuelve la dificultad de los topónimos latinos que describen una Península de lo más romana (Singilis: el río Genil; Betis: Guadalquivir; Lete: Guadalete; Mentesa: Jaén; Cástulo: Cazlona; Munda, *non longe a Ronda*, famosa por las guerras de César). Además, nos ilustra sobre los *loci similes* de su composición, pues toma hemistiquios completos de Lucano, Virgilio y Silio Itálico. ¿Qué más se podía pedir en un poemita escrito en honor de los reyes? Para estar ante un auténtico poema épico le faltaba extensión, pero no intención, pues, como el propio Nebrija indicaba, con esta composición se había ensayado en el manejo de un género que no había frecuentado hasta ese momento: «uolui experiri an ingenium meum satis ad heroicum carmen aspiraret» («quise probar si mi ingenio podía aspirar con solvencia a la poesía heroica»).

Si la peregrinación fue un indicio, una señal de la misión providencial de los soberanos, en el avance hacia la ciudad de Granada no faltaron episodios dignos de inspirados vates. Uno de los primeros lances relevantes fue la toma de Málaga. En aquella ocasión, como recuerda Pere Boscà en su discurso panegírico *Oratio de victoria Malachitana* (1487) pronunciado ante la curia papal, los papeles estuvieron, una vez más, bien repartidos: la reina se ocupaba en la retaguardia de la organización de un hospital de campaña⁴² y de cumplir cada día con los oficios divinos, mientras que el rey se batía duramente en medio de un ambiente que era descrito como nueva edad de oro⁴³. En esa campaña, el ambiente era el propio de una cruzada, pues los soberanos se enfrentaron a

⁴² La *oratio Petri Bosca artium et sacre Theologie doctoris, R. D. Cardin. S. Marci auditoris, Rome habita xi kal. Novembris ad sacrum Cardinalium senatum apostolicum in celebritate uictorie Malachitane per serenissimos Ferdinandum et Helisabeth Hispaniarum principes católicos feliciter parte, anno Christi M ccc lxxx vii* fue publicada en Roma por Eucharis Silber, d. 22 octubre, 1487 (el texto completo se puede leer en el ejemplar digitalizado de la BNE). Como se indica en el propio título, Pere Boscà fue un teólogo aragonés al servicio del cardenal veneciano Marco Barbo (para más información, me remito a lo que señala sobre este personaje A. Fernández de Córdoba en el trabajo que se incluye en este mismo volumen). Por lo que respecta al discurso, en él se ofrece una detallada descripción de ese hospital, formado por cuarenta carros cubiertos con toldos, en los que «gracias a los recursos regios y un gasto enorme se puede encontrar todo lo necesario para curar a los enfermos o a los heridos en el campo de batalla por medio de médicos o cirujanos; en ellos prestan sus servicios matronas muy honestas y honradas» (la traducción es mía).

⁴³ Estos mismos argumentos y el mismo reparto de papeles se encuentra en el discurso de Antonio Geraldini ante Inocencio VIII citado supra (Cf. Álvaro Fernández de Córdoba, *Alejandro VI y los Reyes Católicos...*, cit. en n. 11, p. 150).

los enemigos entonando salmos, convencidos de que Dios y el apóstol Santiago estaban de su parte⁴⁴.

Siempre atentos a preservar la vida de sus propios hombres, sin dejarse llevar exclusivamente por el afán de victoria (una forma de actuar que, según Boscà, les vino inspirada por el propio Augusto), los monarcas, tras un larguísimo asedio, en el que no faltaron eficaces máquinas de guerra, tomaron Málaga. Como jueces severos, cuya misión no era la venganza sino la impartición de justicia, impusieron unas duras condiciones a los musulmanes, obligados a abandonar su ciudad sólo con lo puesto y a vivir donde los monarcas dispusiesen en un régimen de casi esclavitud. Así, se organizó una procesión triunfal, a cuya cabeza iban sacerdotes y hombres de iglesia que atravesaron la ciudad ante la mirada de los vencidos y plantaron una cruz en la torre más alta mientras entonaban himnos y cánticos de alabanza a Dios: «Deo optimo maximo, victoriarum omnium liberalissimo largitori et cunctarum barbarum nationum subactori iustissimo» («a Dios, generosísimo dispensador de todas las victorias y justísimo dominador de todas las naciones bárbaras»). Merecía la pena trasladar pronto estos hechos ante el papa Inocencio VIII y toda su curia, pues, como dice el orador, los monarcas (que ya habían obtenido una bula de cruzada) esperaban conseguir beneficios aún mayores, dado que eran los únicos soberanos capaces de vencer a los enemigos de la fe y aspiraban a conquistar Granada para, a continuación, pasar a África («transibunt Africam»).

El siguiente hito en la conquista fue la toma de Baza, ensalzada y loada en la *oratio* (con claros ropajes de sermón) que pronunció Bernardino López de Carvajal, embajador de los soberanos ante la curia, en enero de 1490: *In commemoratione victoriae Bacensis civitatis*, texto éste sobre el que volveré de inmediato⁴⁵. Cualquier ocasión era buena para lanzar las campanas al vuelo y recordar que el final de la cruzada estaba cerca, tanto que algunos pensaron que

⁴⁴ Así, Boscà insiste en la idea de que los reyes, nada más acceder al poder, sintieron la inspiración del Salmo 117, 7 («Dominus mihi adiutor») y mostraron su convencimiento en que Dios los había escogido personalmente; más aún, el orador alude a una profecía del santo patrón de España que les reforzó la fe en que su victoria sería clara: «Iacobi apostoli Hispaniarum patroni diuino moniti oraculo, sperauere firmiter in fide nihil hesitantes quod per eos contereret Dominus omnipotens impiorum sceptrum uirgamque inique dominantium confrigeret» («aconsejados por la profecía del Apóstol Santiago, patrón de las Españas, tuvieron una fe firme, sin titubeo alguno, en que Dios omnipotente destruiría a través de ellos el cetro de los impíos y rompería la vara de aquellos inicuos dominadores»).

⁴⁵ El discurso ha sido comentado y editado por Carlos de Miguel Mora, *Bernardino López de Carvajal. La conquista de Baza. Introducción, texto, traducción y notas*, Granada, Universidad de Granada, 1995.

aquí acababa todo. Así, casi por esas mismas fechas, a finales de 1489, Pedro Mártir de Anglería, venido a España de la mano de Íñigo López de Mendoza con la intención de participar directamente en la cruzada peninsular, creyó ver en las playas de Cádiz a una mujer «corpulentissima, inculta et balbutiens», vestida con trajes propios de un funeral y deshecha en llanto. Era la Barbarie, que ahora, tras la toma de Almería, se veía obligada a dejar una tierra de la que se había enseñoreado muchos años. El artífice de esa victoria cultural no era otro que Nebrija, armado con sus gramáticas y libros. De ese modo, Mártir hacía coincidir el éxito militar de los reyes con la instauración de una nueva cultura a través del uso y el estudio del latín. Dicho de otro modo, la pacificación del reino auguraba también buenos tiempos para las letras y las artes⁴⁶.

Ante el inminente final, otro poeta italiano fue implicado, con auténtica prisa, en la celebración festiva de los sucesos de 1490. Me refiero a Pedro Paulo Pompilio, autor de un complejo panegírico sobre el triunfo de Granada, con un marcado aliento épico y una enorme complejidad por lo oscuro de su lenguaje metafórico. El poema, *Panegyris de triumpho Granatensi*, escrito a instancias del propio Bernardino López de Carvajal, embajador de los soberanos ante la curia, fue publicado en Roma el día 1 de abril de 1490, sólo cuatro meses después de la victoria. La premura con que se escriben y publican estos poemas de circunstancias y de naturaleza panegírica se convierte en una tónica común. Esa sensación de atropello se percibe por doquier, pues la lectura de estos versos arroja la impresión de una amalgama no demasiado bien trabada de elementos dispares, falta que se intenta suplir con un estilo de lo más ampuloso.

La improvisación e inmediatez marcan igualmente el breve poema, sólo 71 versos, de Alessandro Cortesi, *Sylva de triumphata Bassa, Almeria, Granata*⁴⁷, escrito también en unos pocos días (los que van del 25 de diciembre de 1489, en que la noticia de la toma de Baza llegó a Roma, al 10 de enero de 1490, momento en que Cortesi se dispuso a enviar su trabajo a Florencia para que allí lo leyesen y revisasen algunos entendidos, entre los que estaba Poliziano)⁴⁸.

⁴⁶ Este poema tituló *Barbaria fugata* fue contestado por Nebrija, quien agradeció con sus versos el tributo que le rendía el poeta italiano. Sobre ambos poemas, *vid.* Antonio Marín Ocete, «Nebrija y Pedro Mártir de Anglería», en *Miscelánea Nebrija* (= *Revista de Filología Española*, 29, 1945), pp. 161-174.

⁴⁷ Repárese en el hecho de que ambos poemas son, desde el propio título, un anuncio profético de las próximas victorias de los soberanos, pues dan por supuesta la victoria sobre Granada, que tardaría dos años en llegar.

⁴⁸ Para estas fechas sigo a Gianni Ballistreri, autor de la biografía de Cortesi en el *Dizionario Biografico degli Italiani*, Volume 29 (1983). La entrada es accesible en la red: http://www.treccani.it/enciclopedia/alessandro-cortesi_%28Dizionario-Biografico%29/

Este brevísimo poema, publicado de forma póstuma en Roma (posiblemente en 1492), hubo de tener una repercusión limitada⁴⁹. En él se insiste en la alegría que invade al orbe ante las buenas noticias que la fama trae de España: todo es bullicio, gritos y ruidos de armas, que finalmente alcanzan a Roma, donde las fiestas se multiplican con corridas de toros en espacios que parecen recordar los del mundo antiguo, pues el público llena los teatros y el circo. Estos pocos versos valen para describir sobre todo la fiesta y la conmoción ante dos noticias extraordinarias: la caída de Baza (28 de noviembre de 1489) y Almería (22 de diciembre), preludio claro del fin del Reino de Granada. Así, tras sonoras muestras de alegría y ceremonias religiosas con los templos a reventar, el poema concluye con el consabido apóstrofe al soberano con la convicción de que, al continuar con su batalla contra el monstruo mahometano, será él quien fortalezca el imperio cristiano de Roma en las tierras de África («[...] monstra tua sternes Maumethia dextra/ et rem Romanam occiduo firmabis in orbe»).

De vuelta al poema de Pompilio, ya desde la carta dedicatoria a Bernardino de Carvajal, se ensalza precisamente la virtud militar de Fernando, pues en el debate sobre las bondades de la paz y de la guerra, el poeta toma partido por las armas, previas y necesarias para la consecución de la tan ansiada *quies*. A lo largo del poema, el tono es exaltado y rimbombante por el uso continuo de referencias mitológicas que destacan especialmente el frenesí guerrero del momento. De hecho, ya en los primeros versos, a modo de *recusatio*, el poeta rechaza poetizar las hazañas de Troya, los trabajos de Ulises o los avatares de Tebas: Hesperia es ahora el nuevo objeto del canto.

Allí destaca una pareja concorde en espíritu y afectos (se evocan, así, los amores de Julia por Pompeyo, Porcia por Catón, de Orestila y su esposo [Pisón?]). La reina Isabel es una nueva Semíramis, Cleopatra o Hipsicratea, citadas todas ellas por su perfil de mujeres aguerridas; sin embargo, en pocas ocasiones más se nombra a la soberana, verdadera efigie silente en el desarrollo de los acontecimientos, aunque sí se resalta la comunidad que ambos cónyuges conforman. Su papel se reduce a procurar a su esposo nuevas tropas en la

⁴⁹ Ballistreri, *cit. supra*, insiste en el poco mérito literario de la pieza: «Scarso valore letterario ha la *Silva de triumphata Bassa Almeria Granata*, scritta, come si è detto, in pochi giorni a istanza del cardinal de Foix». A pesar de estas palabras, vale reconocer que el poema, en su brevedad, cumple su cometido de transmitir el alboroto y la alegría de unos momentos que debieron vivirse en Roma con verdadera pasión. Tengo preparada una edición y traducción de esta *Silva*, que aparecerá en breve.

retaguardia y a cuidar personalmente de los enfermos (vv. 48-52); mientras tanto, Fernando se levanta en armas como un nuevo Hércules (vv. 168-177)⁵⁰:

Mittitur Alcides, ut Graiae fabula Musae
 dictabat pridem, mox Ausonis incinit ora,
 nunc quo foecundam flammis extingueret Hydram,
 nunc ut freudentem iaculantis more leonem
 tela Iovis Nemea deduceret aut Erimantho
 aprum vel Thynna volucres Stymphalidas aula;
 scilicet ut reges populorum commoda curent,
 bella gerant, sed quae morum sint obvia monstribus,
 sanctaque religio cunctis eat incluta terris,
 quae bene rex noster quavis aetate peregit,
 sed nunc praecipue.

Es enviado el Alcida, como antaño decía el relato
 de la musa griega, como después cantó la tierra Ausonia,
 para extinguir ahora con las llamas a la Hidra fecunda,
 para ahora, a la manera de un Jove que blande sus dardos,
 arrojar de Nemea al león de rechinantes dientes;
 de Erimanto al jabalí o a las estínfalas aves del palacio bitinio⁵¹;
 es decir, para que los reyes se ocupen del bienestar de sus pueblos,
 que emprendan guerras, pero de las que se hacen contra
 [las monstruosas costumbres,
 y que la santa religión avance ilustre por todas las tierras,
 lo que nuestro rey ha realizado bien en cualquier época,
 pero sobre todo ahora.

Y no paran ahí las comparaciones, pues Pompilio insiste en recordar los distintos trabajos de Hércules, equiparándolos a las muchas dificultades a las que se ha enfrentado el rey Fernando, que se ha propuesto librar al mundo de

⁵⁰ Para los versos de Pompilio, he manejado la edición del poema realizada en Roma por Eucharius Silber en las kalendas de abril de 1490, de la que existe una versión digitalizada. El recurso de comparar a un prohombre con Hércules lo empleó de nuevo Pompilio en su elogio a Rodrigo de Borja inserto en su prefacio a su *Vita Senecae*, dedicada a Joan Jopis; ahí, según comenta Salvador Miguel, «Intelectuales españoles...», *cit.* en n. 26, p. 50, compara a Rodrigo, futuro Alejandro VI, con Hércules capaz de ayudar a Atlas a sujetar el mundo, al igual que él sostenía el peso de los asuntos de la curia.

⁵¹ Bitinia es una región de Turquía, por lo que es posible que el poeta se refiera aquí a la posible lucha de Fernando contra los musulmanes, representados en este verso por el peligro turco. Aunque el gentilicio más común es *Thynius*, *-a*, *-um*, también se encuentra la forma *Thynus*, *-a*, *-um*, que utiliza, entre otros, Horacio, *carm.* III, 7, 3. Lo curioso del caso es el deseo de los italianos de establecer nexos claros entre los moros de Granada y los tan temidos turcos otomanos.

la religión musulmana y la judía. De ese modo, la labor de limpieza acometida se equipara con la llevada a cabo en los establos de Augías, mientras que los enemigos a batir son equiparables a Gerión, los caballos de Diomedes o el toro de Creta. A todos ellos, vencerá el rey Fernando, aclamado como un segundo Hércules (vv. 180-186 y 196-207):

Hoc fuit Augeae Cryptis graue olentibus undas
fluminis inferre et medicos immittere fluctus,
orbe suo non foeda pari delubra deorum
et Mahometheos Epicuri dogmata ritus
legifragosque omnes. Nam gens infanda tenebat
quae sparsim occiduum totis quasi partibus orbem
extincta est. Facta uno eodенque auctore ruina.
[...]

Hi sunt Geryones mentem pro corpore terno
qui duplicem gestant; hi Thracum monstra feroces
sunt Diomedis equi, quos non reuerentia coeli
ulla movent, quin humano se sanguine pascant.
Hi Cres sunt taurus, qui flammas naribus efflant.
Hoc est, qui cultus diuini protinus ignem
ostentent coram, feritas cum bruta sit intus.
Hi sunt Vulcano geniti, quos claudus utrinque
pes legis ducit, fumosque ex ore remittunt
et nebulas stolidi Synagogica mystica sensus.
Salue ergo Alcides alter, rex magne, salubris
cui comes est populis semper Victoria nostris.

Esto fue llevar a las criptas mal olientes de Augías
las aguas de un río y meter allí médicos mares,
no soportar en su territorio los feos templos de dioses,
y los dogmas epicúreos del rito mahometano
ni a todos los quebrantadores de la ley, pues un pueblo infando
que dominaba el orbe occidental casi por todas partes
ha sido eliminado. Su ruina ha sido provocada por un único autor.
[...]

Estos son los Geriones que tienen una mente doble
en su triple cuerpo; estos son los caballos del tracio Diomedes,
monstruos feroces que no sienten respeto alguno
por el sagrado cielo hasta verse saciados de sangre humana.
Estos, que echan llamas por sus narices, son el toro de Creta;
a saber, quienes de continuo muestran por fuera
el fuego del culto divino, aunque una fiera brutal en su interior habite.
Estos son los hijos de Vulcano, a quienes de una y otra parte

guía el pie cojo de la ley. Y los misterios de la sinagoga de estólido sentido
apagan los humos y nieblas de su boca.

Bienvenido, por tanto, gran rey, segundo Alcida,
a quien, en nuestros pueblos, siempre acompaña la saludable Victoria.

Pero Fernando, auténtico protagonista de la contienda, no sólo es Hércules, pues supera en fuerza y espíritu a Aquiles; en consejo a Néstor; en elocuencia al Laértida Ulises; en porte y prestancia a Agamenón; como general, puede medirse con Aníbal, César o Escipión (vv. 274-309). Los episodios de la conquista se suceden uno tras otro: Alhama, Alora, Ronda (1485), Marbella, Loja (septiembre de 1486), Vélez-Málaga, Málaga (1487). Sólo en Málaga se detiene, pues su asedio le recuerda el de Bríndisi por parte de César (*Bell. civ.* I, 26); a continuación, Vera y Almería, una campaña en la que se destaca la rendición del caudillo moro y su emocionante discurso ante los reyes, que, ahora sí, dan muestras de su clemencia (una idea también recogida en la brevísima silva de Cortesi). Fernando supera entonces el ejemplo repetido de Hércules y toma la palabra para justificar personalmente su lucha —se trata, sin lugar a dudas, de una guerra justa— (vv. 500 y ss.) y para contestar a los emisarios del rey moro (*Baudellis*), dispuesto a firmar un pacto. A continuación, sólo queda conquistar Granada, cuyo final, como indica uno de los oradores moros, estaba escrito en los astros y había sido cantado por los poetas (en un nuevo guiño a las profecías que parecían materializarse en el entorno del rey Fernando y a las que se refería el astrólogo y médico Torella, según se vio más arriba). A las ofertas de una rendición pactada, el rey se reafirma en su postura y exige que la cruz se plante en medio de Iliberri (v. 552).

Los sucesos que se narran a continuación vuelven a amoldarse a las exigencias del patrón épico, con el consiguiente catálogo de las tropas cristianas, dotado de un gran color poético: cada región, descrita con eficaces epítetos, manda sus tropas al combate (vv. 562-577): «Salmantica sapiens, Burgos mercibus et quaestu scatens». Pomponio no desaprovecha la ocasión para destacar el pasado clásico de España: Segovia es famosa por los monumentos romanos; Gades, por Hispán (el famoso hijo de Hércules); y Córdoba, por ser patria de poetas. En esta enumeración, no podían faltar ni Bílbilis, famosa por Marcial, ni Huesca por Sertorio; aquí se nombra también a Zaragoza, cuyo nombre proviene de César Augusto, lo que le da pie para ensalzar a Aragón y al propio rey. No faltan tampoco los más renombrados linajes (los Mendoza, los de la Cerda, los Pimentel, los Álvarez de Toledo, etc.) ni los jóvenes provenientes de otros lugares del orbe (Lisboa, Braga, Escocia, de las islas británicas, Canarias y Mallorca).

En medio de esta juventud armada y alegre, destaca la reina por su belleza y su ímpetu a la hora de erigir nuevos templos. Hacia el final, estallan los festejos de la victoria, que rememoran los juegos celebrados en el campo de Marte en la antigua Roma: hay fuegos artificiales, corridas de toros y torneos. Dichos juegos habían sido revividos por Virgilio en *Eneida* V, lo que le da pie para comparar la edad actual con los tiempos de Augusto, con una nueva evocación de la *Pax* que confirmó el regreso de la edad dorada. Así, en medio de los festejos y luchas, se invoca al propio rey Fernando para que, coronado con laurel, avance feliz en medio de los favorables augurios que aquí se presentan. En definitiva, estos versos finales no son sino la confirmación de las profecías que lo equiparaban al Monarca Universal, aunque sin perder de vista a Alejandro en su viaje hacia el Ganges (765-781):

I felix, serosque feras tam laeta sub annos
 auspicia. Ipsa quidem laeto uocat Aphrica uultu
 et tot Barbaricis subiecta fuisse tyrannis,
 saecula iam pridem lacrimis defleuit obortis.
 Nunc oculos ad te laetos et blandula uertit
 oscula, nunc primum audet spem promittere rebus
 fessa suis. Transi nostros Lybicumque aequor,
 classem impelle tuam in Mauros; ibi signa tuorum
 agnosces magnae Icosi Tuneteque magno.
 Daenique sit memori semper tibi pectore fixum
 omine te laeto natum. Num lumina Phoebi
 prima tibi ingessit magno SOS nomine terra?
 Servabis natos, seruabis et inde orituros;
 gentibus innumeris Solymos usque alta per Aphri
 regna soli perque Aegyptum Phoeniciaque arua
 atque Arabes tepidi penetrabis ad ultima Ganges.
 Hos omnis populos ad Christi signa reduces.
 Marcha feliz y ojalá portes tan alegres auspicios muchos años.
 África misma te llama con rostro alegre.
 Lloró muchos siglos con abundantes lágrimas
 el haber sido sometida a tantos bárbaros tiranos.
 Ahora vuelve hacia ti sus ojos alegres y te lanza
 blandos besos; ahora, por vez primera, a concebir esperanzas
 se atreve, cansada de sus peripecias. Haz que los nuestros
 atraviesen el mar libio, empuja tu flota contra los moros;
 allí reconocerás las enseñas de los tuyos
 en la gran Argel, en el gran Túnez.
 Al final ten siempre fijado en tu pecho y recuerda

que has nacido con feliz presagio. ¿Es que SOS,
 [con su magno nombre,
 tu tierra primera, te impuso las luces de Febo?
 Preservarás a tus hijos y también a los hijos de tus hijos;
 alcanzarás a los habitantes de Jerusalén con innúmeras gentes,
 a través de los recónditos reinos del suelo africano y de Egipto
 y de los campos fenicios, y a los árabes hasta tocar las tierras
 [remotas del tibio Ganges.
 A todos estos pueblos los reconducirás a los signos de Cristo.

En ese mismo año de 1490, aunque ya comenzado noviembre, Nebrija cogió la pluma para celebrar el matrimonio de la princesa Isabel, hija de los Reyes Católicos, con el príncipe Alfonso de Portugal. Aunque el poeta de Lebrija escribió para la ocasión un epitalamio en dísticos elegíacos, aprovechó ese marco genérico para insertar una profecía, dictada por la musa Urania, quien da por segura la pronta victoria de Fernando en sus campañas militares, tras haber pacificado el reino⁵² (vv. 73-84):

Caesaris at uestri tibi nunc ingentia rerum
 Et simul augustae coniugis acta canam.
 Reliquias belli postquam confecerit ille,
 quod bene susceptum pro patria fuerat;
 quod bene pro sociis et nostrae gentis honore;
 quod bene pro Christi religione fuit,
 haec pia uictori persolvet vuota Iacobo
 diuis templa dabit mascula tura deo.
 Dum tamen ille parat bellum reficitque cohortes
 quas uehat herculeum traiciatque fretum,
 haec mores tandem patriae desuetaque corda
 componet certis legibus atque modis.
 Ahora voy cantar para ti de vuestro César las enormes hazañas
 y también las de su augusta esposa.
 Cuando él haya concluido la guerra,
 la que había asumido justamente por el bien de la patria,
 la que justamente por sus aliados y el honor de nuestro pueblo,
 la que justamente hizo en pro de la religión de Cristo,
 ella, piadosa, cumplirá sus votos con Santiago vencedor,
 dedicará templos a los santos e incienso a Dios.

⁵² Vid. Ruth Martínez Alcorlo, *Nebrija: «Epithalamium» en honor de las bodas de la infanta Isabel de Castilla y el príncipe Alfonso de Portugal. Edición, traducción y estudio*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2013.

Mientras él prepara la guerra y rehace las cohortes
que han de atravesar el estrecho de Hércules,
la moral de la patria y sus corazones desacostumbrados
los recompondrá ésta con leyes y medidas certeras.

Una vez más se nos dibuja la imagen de un Fernando guerrero, que dirige una guerra justa, y de una Isabel devota y atenta a los asuntos domésticos, pues, como indica Nebrija en su glosa, «domus ratio, que ex Aristotele in *Oeconomicis* est ut vir presit rebus quae extra domum sunt, uxor vero domesticis».

Ante la buena marcha de los asuntos bélicos y con todo el mundo expectante, la noticia de la conquista de Granada en enero de 1492 fue una auténtica fiesta. En medio de esta euforia, muchos se dispusieron a cantar unos sucesos que igualaban, ahora sin lugar a dudas, las grandes gestas de la Antigüedad⁵³. Aquellos acontecimientos eran de tal magnitud que fácilmente se convertían en épica con solo someterlos al patrón rítmico del hexámetro. Para ello, volvió a confiarse esa materia (ampliamente glosada en cartas y *orationes*) a los poetas italianos que estaban en el entorno de las nutridas legaciones españolas⁵⁴. En este sentido, vale la pena volver sobre las palabras de Bernardino de Carvajal en el exordio de su *In commemoratione victoriae Bacensis civitatis* pronunciado en 1490 (aunque publicado en Roma en 1493)⁵⁵, donde ya advertía de la conveniencia de que aquellos acontecimientos fueran alabados por autores foráneos para conferirles una mayor credibilidad. Según él, los españoles solo debían narrar los sucesos sin adornos y con la austeridad propia de la prosa. De ese modo, las *orationes* pronunciadas en la curia dieron paso a los verdaderos poemas. Entre ellos, cabe destacar el del italiano Ugolino

⁵³ Vid. Álvaro Fernández de Córdoba *Alejandro VI y los Reyes Católicos... cit.* en n. 11, en especial pp. 144-168, donde se repasan los discursos encomiásticos y festejos organizados para celebrar el final de la Guerra de Granada (pp. 144-168). Sobre la enorme repercusión de este hecho en Europa y su huella en la literatura más allá del siglo XV, *vid.* Dietrich Briesemeister, «Literatura épico-dramática del siglo de oro sobre la conquista de Granada: ¿un 'compromiso' poético?», *NRFH*, 36 (1988), pp. 935-954

⁵⁴ Sobre la implicación de los escritores italianos en la confección de panegíricos a partir de la toma de Baza, léanse los agudos comentarios de Álvaro Fernández de Córdoba Miralles, «Reyes Católicos: mutaciones y permanencias de un paradigma político en la Roma del Renacimiento», en Carlos José Hernando Sánchez, coord., *Roma y España. Un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna (Actas del Congreso Internacional celebrado en Real Academia de España en Roma del 8 al 12 de mayo de 2007)*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2007, pp. 133-154.

⁵⁵ Según Alain Milhou (*cit.* en n. 2), en este discurso nace toda una corriente profética que relaciona la caída de Granada con la conquista de Jerusalén, que, como se ha visto, se recoge en el poema de Pompilio, familiar de Carvajal.

Verino, autor del *De expugnatione Granatae (Panegyricon ad Ferdinandum regem et Isabellam reginam Hispaniarum de Saracena Baetidos gloriosa expugnatione)*⁵⁶. El título resulta de lo más elocuente: este poema sobre la guerra es una vez más un panegírico en honor de Isabel y Fernando, una alabanza que se cimenta en la narración histórica de los hechos; así, en la epístola dedicatoria (en realidad conservamos dos redacciones distintas: una en el manuscrito de Florencia, con dedicatoria a Fernando, y otra en el manuscrito de Madrid, con dedicatoria a Isabel), se comparan estos sucesos con las heroicas guerras de romanos y cartagineses: «Ut de aliis sileam, tantum armorum ex ipsa Granata metropoli Maurorum detraxisti, quantum vix ex ipsa magna Carthagine quondam sustulere Romani» («Para no hablar de otros hechos, obtuviste tantas armas de Granada, capital de los moros, cuantas difícilmente pudieron arrebatar los romanos en otros tiempos a la gran Cartago» —prólogo con la dedicatoria a Fernando—).

Estas gestas merecían, en opinión de Verino, la pluma de los poetas por delante de las hazañas del gran Alejandro. Tanta es la gloria de los soberanos españoles que Verino afirma haber abandonado el poema que estaba componiendo en honor del rey Carlos de Francia para centrarse en las hazañas de Isabel y Fernando. Fue su amigo Geraldini quien le sugirió el tema años antes, posiblemente durante su estancia en Italia en 1487. Verino, por lo demás, vivía en Florencia, donde, como en otros lugares de Italia, la amenaza turca se percibía como un peligro inminente (vale recordar que Cortesi también envió su poema a Florencia antes de publicarlo): sólo los Reyes Católicos, tras su contundente victoria, estaban en condiciones de ponerle freno. Sin embargo, aunque aquellos hechos merecían un extenso poema épico, Verino deja esa tarea para alguien más capacitado que él, según expone al final de su prefacio dirigido a la reina Isabel («Quam ob rem nostris heroicis multa breviter pres-trinxi, quae post aliis memoranda relinquo» [«Por ello, en mis versos heroicos he tocado muy por encima muchos asuntos que dejo para que otros los rememoren después»] y en los últimos dos versos de su poema: «Vos, precor, ingenium quibus est et copia maior/ carmine sublimi dignos celebrate triumphos».

El panegírico consta sólo de dos libros, algo más de 1300 versos, «in quo apparatus et alacritas tuorum claraeque victoriae continentur poeticis magis distinctae figuris, quam sit rerum series et ordo servatus, quia poema, non texebam historiam» («en el que se contienen el aparato y alegría de los tuyos

⁵⁶ El poema ha sido editado y traducido por Inmaculada López Calahorro, ed., Ugolino Verino, *De expugnatione Granatae*, Granada: Universidad de Granada, 2002, a quien sigo en mis citas del texto latino. Sin embargo, la traducción de los pasajes citados es mía.

y de tu brillante victoria, destacada más gracias a las figuras poéticas que a la enumeración de los acontecimientos y al seguimiento de un orden estricto, porque yo estaba tejiendo un poema, no una historia»). Dicho de otra forma: aunque la historicidad de los hechos se respete sin necesidad de aferrarse demasiado al orden cronológico, lo verdaderamente importante es dar brillo y relumbre a unos determinados sucesos para otorgar gloria y honor a quienes los han llevado a buen término; de paso, también el poeta, si consigue este propósito, obtiene la fama y la inmortalidad que sólo las letras confieren.

Esta intención es justo la contraria a la expresada por Bernardino López de Carvajal en los preliminares de su discurso: «cum sit nobis historia texenda non fabula, nec commenti aliquid aut fucationis oratio nostra habitura sit» («dado que yo no tenía que confeccionar una narración poética, nuestro discurso no tendrá ni ficción ni maquillaje alguno»). La cercanía entre uno y otro texto invita a pensar que Verino (y, por supuesto, también Pompilio, de cuya amistad con Carvajal es buena muestra su *Panegyricum carmen ad Carvajales*, conservado manuscrito en la Biblioteca Vaticana, *Vat. lat. 2222*) tuvo muy en cuenta el discurso del emisario regio. En ambos casos, los poetas, pertrechados con sus hexámetros y con la clara intención de honrar a los monarcas, acometieron unos poemas de profundo aliento épico⁵⁷. Ahora bien, se trata de una épica muy pegada a hechos recientes, que se pueden engrandecer merced a la introducción de algunos episodios ya consignados por la tradición, únicos resquicios por donde el poeta deja entrever su talento.

Frente a la exhortación inicial a la musa con que comienza cualquier poema de esta índole, leemos una descripción de la victoria en que todo es luz y claridad. Luego sigue una invocación a Dios, a Cristo y a la Virgen, convertida en nueva musa (v. 245). El poeta muestra desde el principio su intención personal de cantar los triunfos de Fernando y de adornar (*ornare*) las gestas de su esposa, compañera de tálamo y de armas. Hay, pues, una narración histórico-épica de los hechos del rey guerrero y una celebración de las cualidades de la soberana, entre las que, por primera vez, se destaca también su ardor en la batalla⁵⁸ (*pars maxima belli* —v. 251—). Los Reyes Católicos forman una

⁵⁷ Sobre los panegíricos compuestos en el entorno de los Reyes Católicos, *vid.* José González Vázquez, «Consideraciones en torno a algunos panegíricos de los Reyes Católicos», en José María Maestre Maestre, Luis Charlo Brea, Joaquín Pascual Barea, coords., *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: Homenaje al profesor Luis Gil*, 1997, pp. 1413-1420.

⁵⁸ I. López Calahorra ha señalado con acierto el tratamiento especial que recibe la reina Isabel en el poema de Verino; aquí, frente lo común en otros escritos de la época, la reina

unidad que garantizará el restablecimiento de la justicia. Por primera vez un poeta foráneo otorga la misma importancia a ambos en la contienda⁵⁹.

En esa lucha, el aparato alegórico del poema vuelve a pintar a los musulmanes como una hidra que esparce el veneno. Contra ella se han batido, como caídos del cielo, Isabel y Fernando. El poeta, en su intento de ser ecuánime con ambos soberanos, confiere a la reina los rasgos de una auténtica *bellatrix* mientras que Fernando adquiere el aspecto de un nuevo Moisés, guía indiscutible para su pueblo. Esa imagen bíblica le permite traer a colación a los judíos, contra quienes Verino profiere agrias palabras (I, 90 y ss.)⁶⁰, pues la idea de una recomposición de la cristiandad pasaba necesariamente por la expulsión de todos los elementos ajenos a ella. El poema sigue con una descripción de las diferentes etapas de la contienda: Alhama, Málaga, Baza y Guadix llenan el primer libro, en el que no faltan los discursos del rey Fernando, el del rey moro de Alhama o una clara alabanza del príncipe Juan, quien, a pesar de su corta edad, estaba llamado a ser un nuevo Aquiles o un nuevo Alejandro, por su capacidad para eliminar a musulmanes y judíos (vv. 263-269)⁶¹:

destaca por su fortaleza guerrera (I, 73-74) y por sus discursos pronunciados en público (Cf. *De expugantione...*, cit. en n. 44, pp. 75-85).

⁵⁹ Me remito a lo dicho por I. López Calahorro, cit. en n. 44, pp. 75-85, capítulo titulado «Poder, fortuna y mujer», donde analiza el papel de la reina dentro del poema. Hasta ese momento, los poetas aragoneses o cercanos a Fernando, como Geraldini o Sobrarias, y los italianos (Pompilio o Carlo Verardi, que prefirió celebrar toma de Granada con una obra teatral, la *Historia Baetica*) habían centrado sus alabanzas en el soberano y, conforme a las costumbres de la época, habían relegado a doña Isabel a un papel secundario, más apropiado a su condición femenina. Otra cosa distinta es el entorno castellano, donde la reina se convierte en receptora de un buen número de poemas y textos en prosa, en que su figura aparece siempre en un primer término. Buen ejemplo de ello es el poema antes mencionado de Nebrija, donde la reina, en primer plano, es la que da cuenta ante Santiago de las hazañas de su esposo. Solo ella es la encargada de pacificar el reino y de dar las gracias ante el santo patrón.

⁶⁰ Esta actitud antisemita se aprecia también en otros panegíricos y discursos dedicados a los Reyes Católicos; así, Lucio Marineo, en su discurso ante los monarcas para aconsejarles sobre los asuntos sicilianos, *orat.* II, 7, juzga la expulsión de los judíos como uno de sus grandes logros (Cf. Teresa Jiménez Calvente, «Las *orationes* de Lucio Marineo Sículo [con unas notas sobre epístolas panegíricas y discursos epistolares]», *eHumanista*, 22 [2012], p. 567). No de un modo distinto se expresa Sobrarias en su *Panegyricum*, que considera la expulsión una más de las hazañas. El hecho aparece nombrado justo después de hablar de la conquista de Granada y de invocar a la Musa para que le permita continuar su relato.

⁶¹ El deseo de manifestar que gracias a Juan los signos proféticos referidos a sus padres iban a tener continuidad se aprecia también en el poema de Pompilio, donde se incluye una breve descripción elogiosa del heredero, que ocupa los versos 336-361.

Indole non alia Hispani spes altera regni
 surgit. Iam Libyes populis formido, Ioannes,
 Teque Palaestinae trepidant horrentque parentes.
 Cresce, puer, tenero iam nunc maturior aeo;
 principis egregii apparet prudentia rerum,
 per te religio est Christi effundenda per orbem
 latius et dirae frenanda superbia sectae.

Con idéntico talante, se levanta una segunda esperanza para el reino hispano. Ya, Juan, terror de los pueblos de Libia, te temen y ante ti se horrorizan los padres de Palestina. Crece, muchacho, demasiado maduro para tu tierna edad. La prudencia propia de un príncipe egregio se muestra: gracias a ti la religión de Cristo se derramará por el orbe y la soberbia de la cruel secta se refrenará.

El segundo libro, que arranca en 1490, se abre curiosamente con una descripción de las bodas reales entre la princesa Isabel y el príncipe Alfonso, lo que da pie nuevamente a la narración de juegos y celebraciones. Tras los lúdicos festejos, la toma de Granada pone fin al poema, en el que no falta la narración de la expedición nocturna de un moro, comparado con Mucio Escévola⁶², para consumir el asesinato de los reyes (las escapadas nocturnas también son ingredientes comunes en los poemas épicos, como Virgilio, *Aen.* IX).

Sin que podamos llamar a estos poemas epopeyas, pues su reducido tamaño los aleja de esa consideración, estos panegíricos y descripciones del triunfo beben directamente de Virgilio, que brinda los ingredientes necesarios (a modo de escenas o episodios perfectamente establecidos y estructurados) para ensalzar y adornar los acontecimientos: así, en todos estos cantos no faltan banquetes, catálogos de tropas, juegos, arengas de los reyes y de sus adversarios, descripción de las batallas, etc. Sin duda el prestigio del latín y el uso del hexámetro procuraron a estos acontecimientos históricos, equiparados con las grandes gestas de los héroes de la Antigüedad, una difusión más efectiva. Más aún, si Virgilio ofrecía las consignas para el nuevo imperio con su resonante «parcere subiectis et debellare superbis» (*Aen.* VI, 853), esas mismas

⁶² Es curioso comprobar que esta comparación entre el moro que se introdujo en el campamento regio y Mucio Escévola está también presente en el discurso de Pere Boscà: «Non illi defuerunt qui per insidias spreta propria uita et repetito Mutii Scevole memorabili facinore Reges adoriri temptauerint» («no faltaron quienes, con desprecio de su propia vida e imitando la memorable hazaña de Mucio Escévola, intentaron atacar a los reyes por medio de asechanzas»).

palabras podían aplicarse a la situación presente; por ese motivo, la actual contienda tenía un carácter religioso, pues trataba de imponer la supremacía del cristianismo frente a sus dos enemigos esenciales: los musulmanes y los judíos. Por ello, era fácil equiparar al rey con los héroes de antaño en cuanto a la magnitud de sus hazañas, aunque sin olvidar que los superaba por la grandeza de sus metas.

Así, todos estos poemas, imbuidos de un cierto toque profético y de un marcado optimismo, auguran grandes éxitos y prometen, al fin y al cabo, la instauración de una nueva época en la que las armas sólo se volverán contra los enemigos de la fe, acabando de una vez por siempre con las guerras fratricidas en el seno de la cristiandad. No faltan, por supuesto, las recomendaciones de los poetas, quienes como inspirados vates animan al rey o a ambos monarcas para que no cejen en este empeño.

Aquel consejo que diera Enrique de Villena al rey Juan II en su proemio a la traducción de la *Eneida* sobre la necesidad de que los hechos históricos se consignasen en una lengua artística para alcanzar la inmortalidad fue recibido y seguido al pie de la letra por Isabel y Fernando⁶³. Y aunque, como ha dicho Lara Vilà en su tesis doctoral⁶⁴, la verdadera épica de raigambre clásica sólo cuajó en la época del Emperador, los Reyes Católicos supieron ver la dimensión didáctica y ejemplarizante del género poético por excelencia. El 7 de diciembre de 1492, aquel soberano valiente y aguerrido volvió a probarse en la lucha frente a un enemigo aún mayor, el propio Plutón (versión clásica de Satanás), en el poema *Pluto Furens* de Pedro Mártir de Anglería⁶⁵.

Dejo este relato para otra ocasión, no sin antes recordar que aquí el monarca aragonés merece elogios tanto de sus enemigos (Plutón en persona, verdadero

⁶³ Cf. Pedro M. Cátedra, ed., Enrique de Villena, *Traducción y Glosas de la Eneida. Libro Primero*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989, p. 27: «En este paso, señor muy excelente, devedes notar que poco vale a los grandes príncipes e reyes fazer aseñalados e estrenuos fechos quanto a la perpetuación de la fama sy non ayan lengua enseñada que lo sepa decir e por çientíficas e dulces palabras en scripto contar. E non encomendar, siquiere fyar, el fazer de las corónicas a escrivanos de cámara romançistas, según en estas se faze partes, que lo ponen en gruesas e rudas palabras, diciendo tan manifiestas adulaciones e parcialidades, non sabiéndose cobrir con el rectorial velo, que son menospreçiadadas las corónicas ordenadas por ellos. Las quales así contentibles ventura non alcançan de escrevirse sinon en letra tyrada, e las más vezes por manos de abenzantíos que nunca en la casa entraron de orthogrofia, en delgados papeles, de pobres vestidos cubiertas, cuya fama non se estiende fuera del terretorio».

⁶⁴ Cf. L. Vilà, «Épica e imperio...», *cit.* en n. 24.

⁶⁵ El poema ha sido editado y estudiado por Ursula Hecht, *Der Pluto Furens des Petrus Martyr Anglerius: Dichtung als Dokumentation*, Fráncfort-Berlín, Peter Lang, 1992.

antagonista del monarca) como de sus fautores, una rendida Virgen María que solicita a su hijo que ayude al soberano. De ese modo, la cualidad cristiana del rey hace que a su lado se sitúen nada menos que el propio Cristo y su madre. En estas circunstancias, ya no hay necesidad de recurrir a una musa o la capacidad profética de un poeta inspirado, pues el propio señor de los cielos promete que, tras esas heridas, concederá al monarca (mejor dicho, a los dos soberanos) un sinfín de bienes, pues han sido llamados a dictar nuevas leyes y a imponer su imperio tras aplacar *rebus Latii Galloque furenti*. En otras palabras, lo peor había pasado y, a partir de entonces, sólo quedaba esperar una prosperidad completa, representada por su capacidad para cruzar el mar y vencer a los púnicos (imagen ya presente en todos los panegíricos vistos hasta ahora). De todos es sabido que, una vez más, las profecías no se cumplieron, pues múltiples desgracias personales desbarataron los proyectos conjuntos de Fernando e Isabel. Sin embargo, como hemos visto en Sobrarias, los poetas siguieron escribiendo loas y soñando con una Jerusalén gobernada por este rey angélico.